



ALAR BENET

RASTROS PERDIDOS



OBRAS PUBLICADAS DE ALAR BENET.

En la Colección Extraordinaria del Oeste

«Tierra de promisión», núm. 117.

En el F. B. L.

«La rebelión de los muertos», núm. 14 (2.^a edición).

«El delator», núm. 21 (2.^a edición).

«El coloso de hierro», núm. 29.

«Muerte en el Caribe», núm. 34.

«La promoción de la muerte», núm. 42.

«Fidelidad», núm. 45.

«Tras el telón de acero», núm. 51.

«El genio del mal», núm. 55.

«A la deriva», núm. 64.

«Sentenciado», número 79.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª edición) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª edición) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras (2.ª edición) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición) (4).
19. Alta traición (2.ª edición) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª edición) (1).
21. El Delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando fumeo (5).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (3).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varká (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).

- | | |
|----------------------------------|-------------------------------|
| 58. La bestia escarlata, (3). | 71. ¡Mirad a las sombras! |
| 59. Huellas de ultratumba, (11). | (3). |
| 60. S. O. S., (8). | 72. Entre esas brumas... (5). |
| 61. Billetes malditos, (3). | 73. Tortura, (13). |
| 62. Camino de perdición, (12). | 74. El confidente, (3). |
| 63. Camaradas enemigos, (3). | 75. ¡Terror! (5). |
| 64. A la deriva, (6). | 76. El final de Rocco, (5). |
| 65. ¡Odio! (1). | 77. El vengador negro, (1). |
| 66. Cita de madrugada, (3). | 78. ¡Codiola! (8). |
| 67. «Killer» a sueldo, (5). | 79. Sentenciado, (6). |
| 68. Muerte en el alardear, (4). | 80. Secreto de Estado, (4). |
| 69. Leup-Carou, (3). | 81. Alias «Lugger», (5). |
| 70. Punto final, (5). | 82. Hora «D», (3). |
| | 83. Jack el invencible, (1). |
| | 84. Tráfico mortal, (8). |
| | 85. Carne de horca, (4). |

En preparación:

CONTRATO SINIESTRO

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settee. |
| (2) Fred Baxter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFair. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wanton. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | (14) F. N. Graw. |

«Donde quiera que la ley es la que manda y los magistrados los que la obedecen, allí se ven prosperar las ciudades y abundar todos los bienes. Donde el magistrado manda y la ley calla y obedece, no puede esperarse sino ruina y desolación».

Platón

CAPÍTULO I



GEORGE Powell no pudo evitar un estremecimiento de horror. ¡Un asesino! Aquello era imposible. Dentro de unos segundos despertaría de tan atroz pesadilla. Sin embargo... En sus manos la sangre, medio seca, comenzaba a estriarse y en el suelo yacía sin vida la mujer que lo representó todo para él. Caído frente al armario, un cuchillo privado de su blancura... No soñaba.

Se pasó la mano por la frente y, sollozando como un chiquillo, se desplomó en un sillón.

¡Había matado a su vida! Algo así como si su alma se hubiera suicidado.

Aunque escapara de la Justicia, jamás podría huir de su conciencia. ¿Cómo pudo olvidarse de la Fe que su madre le

enseñara? ¡Su madre! Otra víctima inocente inmolada a su cólera.

¡Qué insensato su proceder!

Después del desahogo nervioso por el llanto, George se levantó más tranquilo. ¡Huiría! Ahora se daba cuenta de que ninguna mujer, y menos Ethel, tenía la suficiente importancia como para arruinar la vida de un hombre. Méjico le brindaba acogedor refugio.

Decidido, dirigióse al cuarto de baño, hundiendo sus manos en el lavabo. Al tiempo que se diluía lentamente la sangre, se relajaba su voluntad.

El agua enrojecida se le fue metiendo en los sentidos. Cien veces repetiría lo hecho. Le cegaba la ira y lamentó que los humanos no dispusieran de varias vidas para arrancárselas todas por infame.

¿Qué pudo cambiarla de ese modo?

Destapó el lavabo y dejando correr el líquido, fue sintiéndose desgraciado. Se apoderó de él un profundo abatimiento, y de modo maquinal, terminó de vestirse.

Se sorprendió, contemplando con expresión estúpida a la muerta y sin reaccionar, salió a la calle. ¡Qué importaba dónde!

Caminó insensible. Un automóvil frenó a pocos pasos de él.

—¡Asesino! ¡Asesino!

¡Cómo le torturaba esta palabra!

Dos muchachas le miraron. Un señor calvo, sonrió comprensivo.

Volvió a la realidad. Paróse delante de un espejo. Tenía en la frente una pequeña mancha roja, como producida por los labios de una mujer. Se limpió con el pañuelo de pecho.

Comportábase neciamente. Cualquiera, al verle, comprendería que acababa de realizar una mala acción. Un policía le observaba.

Venciendo el deseo de alejarse del agente, se detuvo a encender un cigarrillo. Por vez primera reparó en lo que le rodeaba. Hallábase en Centre Street, frente al soberbio edificio de los Tribunales de lo Criminal, en las proximidades de la llamada «Cárcel de las Tumbas». Mientras, inmóvil, aspiraba el humo del «Philip Morris» se dijo que, si quería librarse de la silla eléctrica, era preciso que conservara la serenidad. Entre sus camaradas de «club» gozaba de bien ganada reputación de hombre frío, sin nervios. ¡Qué gran sorpresa se iban a llevar al enterarse de que en un arrebato de ira, como un ser primitivo, brutal, había matado a su novia! El portero y el mayordomo les vieron entrar juntos en el domicilio,

donde quedó tendida, sobre la alfombra de la biblioteca, Ethel Smith.

Comenzaba a anochecer. Los numerosos viandantes caminaban apresurados, a tono con el ritmo febril de la metrópoli. Dentro de unas horas, cuando el criado entrase a decirles que la cena estaba servida, se descubriría el crimen. En el arma que utilizó para matar a su prometida, los expertos encontrarían sus huellas dactilares.

Su posición social, el brillante porvenir que le auguraba su carrera de abogado e, incluso, el cariño de su madre, todo lo perdió en un inconcebible arrebato.

Evocó a la que tanto se sacrificó por él, y que pasaba una temporada con unos familiares lejanos residentes en Filadelfia, ajena al horrible disgusto que amenazaba la paz de sus últimos años.

Algo le produjo un insoportable dolor en los dedos índice y corazón de la mano izquierda. Era la brasa del cigarrillo rubio, casi totalmente consumido. Le soltó, alzando los ojos. El uniformado policía continuaba en el mismo sitio. Se acercó a él, preguntándole:

—¿Tiene hora? Se me ha parado el reloj.

El interpelado sacó un cronómetro de bolsillo, respondiendo:

—Faltan quince minutos para las ocho.

—Gracias.

George Powell, vencido, reanudó el camino.

¿Qué hacer? Los de la Brigada de Homicidios de la Metropolitana no le permitirían llegar a Méjico. Entregarse a las autoridades era una temeridad. Le esperaba la silla eléctrica o, en el mejor de los casos, una larga condena. Por su profesión de abogado, no ignoraba que la Ley es inflexible con los asesinos.

Su espíritu se sublevó ante la idea de envejecer con el uniforme carcelario, rodeado de la hez de la sociedad. El pensar en la «silla» le horrorizó. Tiempo atrás había presenciado la ejecución de un «gangster» en la llamada «cámara de la muerte», y aún recordaba, con espanto, el hecho. El procesado se retorció convulso. La primera descarga no bastó y hubo que repetirla. Dos periodistas se marearon.

La evocación le hizo apretar el paso, cual si pretendiera escapar a su propio destino. Tenía que esconderse. ¿Dónde?

Tomó el «elevado»[1] que le condujo al municipio de Brooklyn,

apeándose en Fulton Street, en las proximidades de un «*night-club*» al que era asiduo contertulio. Entró en el establecimiento de lujo, acodándose en la «barra». La camarera le saludó con una sonrisa, diciéndole:

—¿Qué va a tomar, señor Powell?

—Un «*whisky*» sin soda, Virginia.

La muchacha vertió el licor en el vaso alto, de cristal tallado. Un nuevo parroquiano reclamaba sus servicios.

George la vio alejarse, no pudiendo menos que admirar el cuerpo gentil de la joven cubierto por un vestido rameado, sobre el que llevaba puesto un blanco delantal. Sus ojos se animaron al distinguir a su izquierda a un hombre que, del brazo de una provocativa rubia, tomaba un «cocktail». La suerte ponía en su camino al único capaz de sacarle del atolladero en que se encontraba. Era William Murphy, al que defendió, con éxito, de una acusación de asesinato. Mantenía un «gang» integrado por gente sin escrúpulo. Le constaba que William no olvidó el señalado favor que le hizo, preocupándose de probar una débil coartada que él consiguió hacer consistente, presentando varios testigos que, por odio, se negaban a declarar.

Fue un proceso sensacional. Detuvieron a Murphy por un delito que no había cometido. Las autoridades se precipitaron, fracasando. Debieron saber esperar. La organización mandada por el encausado realizaba anualmente cientos de hechos criminales, desde la práctica ilegal del juego, hasta las drogas.

De un tragó, bebió el «*whisky*». El reloj del establecimiento marcaba las ocho y media. Abordó a su antiguo cliente.

—¿Qué tal, William? Perdona que le moleste.

El aludido, miró al que le interpelaba.

—Celebro verle. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí. Mi problema no admite demora. Necesito hablarle.

—Espéreme en el «*night-club*». Diga que le pasen a mi despacho particular.

—Pero...

—No se preocupe. Nadie le molestará. Charles Peel, mi «secretario» —recalcó, intencionado—, cuidará de ello —extrajo una tarjeta de su cartera, escribiendo unas líneas con la estilográfica—. Tenga, le servirá de salvoconducto. Me reuniré con usted lo

antes posible. Le veo nervioso. ¿Es grave el asunto?

—Mucho.

Los dos hombres guardaron silencio. William Murphy extendió la mano, en un claro gesto de despedida.

—Adiós, señor Powell.

—Hasta luego.

George abandonó el establecimiento, y en un «taxi» se trasladó a Montague Street, en Brooklyn. No quiso que el conductor supiera adónde iba y se apeó antes de llegar al «*cabaret*», frecuentado por numeroso y selecto público.

En la puerta de la casa de recreo reparó que, sin el «*smoking*», quizá el portero le impidiese el paso. Para evitar tal hecho, que podría atraer sobre él la curiosidad de los noctámbulos, se acercó al galoneado individuo.

—Soy amigo del señor Murphy. Me interesa hablar con su secretario.

—Siga adelante y llame en la entrada del servicio.

—Gracias.

Se volvió para marcharse, pero una mano le sujetó por el hombro. Palideció. Tal vez su mayordomo habría denunciado el asesinato. Una nube gris oscureció sus ojos. Escuchó, cual si viniera de muy lejos, una voz conocida:

—Hola, George. ¡Qué alegría encontrarte!

Se volvió. Frente a él, sonriéndole, estaba Douglas Crippen, su jefe de escuadrilla en el último conflicto bélico y al que, en una ocasión, salvó la vida enfrentándose a cinco soldados enemigos que intentaban matarle, aprovechando que se hallaba herido en una pierna. El ataque japonés fue tan inesperado y de tal violencia, que los auxiliares y los aviadores francos de servicio hubieron de disponerse a luchar como infantes. Nadie se explicaba cómo consiguieron llegar los nipones al aeropuerto a través de las primeras líneas defensivas.

—¿Qué tal, Douglas?

Obsesionado por su tragedia, sus palabras carecieron de sentido emocional. Crippen le estrechó entre sus brazos, palmeteándole fuertemente en la espalda. Como no se sintiera correspondido en la explosión de afecto, se apartó.

—¿Estás enfermo? Parece que no te satisface verme. ¿Tanto has

cambiado?

—¡Qué cosas se te ocurren! Lo que me sucede es de tipo particular, sin más importancia que la que yo quiera darle. ¿Cómo en Nueva York?

—A pasar unas vacaciones. Me he cansado del clima oficial de Washington. Buscaba una rubia para pasar la noche y la sacrifico gustoso por ti. Tengo muchas cosas que contarte.

—Otro día. Espero a...

Crippen le interrumpió.

—¿Ethel Smith? ¡Me quedaré a saludarla!

Recuperado el dominio de sus nervios, el cerebro de George Powell trabajó con la máxima rapidez.

—No. Es una mujer casada. Algo profesional. Dime dónde puedo encontrarte. Tienes las señas de mi casa.

—Sí. Yo iré. Un buen amigo es un tesoro. He llegado en el avión de la tarde y me disponía a gozar de la primera noche. ¿De veras no puedo ayudarte? Te noto muy preocupado.

—No. ¿Vas a entrar en el «*night-club*»? Si termino pronto me reuniré contigo.

—De acuerdo. Aguardaré hasta las tres de la madrugada.

Se abrazaron, despidiéndose. Douglas Crippen vio alejarse a su antiguo camarada y penetró en el «*cabaret*». Su rostro anguloso, de perfiladas facciones, denunciaba al hombre en el que el cerebro domina a la fortaleza física. No obstante, sus anchas espaldas revelaban una envidiable constitución atlética. De unos treinta y dos años, en sus sienes se enredaban unas canas prematuras. Era alto y sus ojos expresivos, vivaces, terminaban de completar la interesante y varonil figura.

Encendió un cigarrillo mientras seguía al camarero a una mesa próxima a la pista de baile.

—Traiga «*champagne*», copas y una rubia.

El sirviente le contempló con asombro. Si esperaba descubrir el menor signo de embriagues o broma en el rostro del que le hablaba, fracasó.

—No le entiendo, señor.

—Es bien fácil... Deje... la rubia no hace falta...

Hizo ademán de que se separase y sus ojos se clavaron en una mujer provocativa que entonaba ante el micrófono los primeros

versos de una canción. El traje plateado se amoldaba a su cuerpo de escultura en el que no se sabía qué admirar más si la proporción o la gracia de movimientos.

No apartó su mirada de la artista, premiando su actuación con calurosos aplausos.

—¿Cómo se llama esa señorita? —preguntó al camarero que portaba la cubeta con el vino espumoso.

—Es Eva Mason.

—Llévele esta tarjeta, por favor.

Escribió unas líneas en una cartulina, entregándosela al que esperaba junto con cinco dólares. Su imaginación evocó épocas pasadas en la jungla sin más atractivos que las misiones de guerra y el «*whisky*». Guardaba mal recuerdo de la península de Malaca. En el aeródromo camuflado las horas hacíanse interminablemente largas y los peligros aumentaban por minutos. Fiebres, fieras y, por si fuese poco, los japoneses que, emboscados en los árboles, aguardaban, sin impacientarse, el paso de su víctima. Cada mes únicamente disponían de cuarenta y ocho horas para trasladarse a Kuala Lumpur a deleitarse contemplando a las malayas de rostro enigmático y ojos inquietantes. Por entonces, conoció a Taiping...

Movió la cabeza cual si pretendiera alejar sus no muy gratos pensamientos. Bebió una copa de «*champagne*», dirigiendo sus ojos a la pista en la que hombres y mujeres se entregaban al placer de la danza. ¡Qué enorme la dicha de vivir!

En el cenicero de metal humeaba aún la punta del cigarrillo rubio. Encendió otro. ¿Qué problema obsesionaría a George Powell? No le engañó con el pretexto de una aventura amorosa, más o menos comprometida. No ignoraba el carácter de su amigo, fiel a su amor por Ethel Smith. Ni aun en la guerra, cuando la moral parece decrecer, hizo de menos a su prometida con ninguna de las mujeres que vivaqueaban en torno al campamento.

Con la cabeza inclinada meditó sobre el asunto que le llevaba a Nueva York. Él tampoco fue sincero con George. ¿Por qué le había ocultado su condición de...?

—Creo que me equivoqué de mesa —dijo una voz femenina a su lado—. Me hablaron de un caballero a quien había entusiasmado mi arte.

Crippen reaccionó.

—Disculpeme, Eva. Permítame que la llame así. Me entristecía la idea de que no aceptara mi invitación. Por favor, siéntese.

Ella accedió, complacida por el gesto cordial del hombre que, galantemente, en pie, le preparó la silla, ofreciéndole un «Abdullahs».

—Vi cómo aplaudía mi trabajo. Por eso accedí a saludarle. ¡Son tantas las peticiones, que no puedo atender a todas!

—Lo comprendo. En usted bien puede simbolizarse a la mujer. Hasta su nombre es evocador: Eva. ¿Se sonríe?

—Sí. No le pregunto lo que desearía ser, porque conozco la respuesta. Es una frase hecha que oí demasiadas veces.

—Se equivoca. Adán no me interesa. Quisiera que me considerase su amigo. ¿Es mucho pedir? Me llamo Douglas Crippen. Exprofesor de idiomas, excomandante de aviación, excorredor de comercio...

—Por favor, no siga. Ya me dirá lo que «ex».

Rieron los dos, él comentó:

—Admiro a las mujeres ingeniosas. ¿Me concede este baile?

—Con mucho gusto.

Dejáronse mecer a los acordes de un «fox». Douglas la miraba tan intensamente, que no pudo evitar un estremecimiento. No era una chiquilla ingenua. Sin embargo, le azaraba aquel hombre.

—Danza bien —dijo ella, por romper el silencio.

—Sí. Esas palabras debí pronunciarlas yo. Me había aislado en mi mundo interior y me creí con usted en un lugar desierto, cara a la luna, sintiendo en nuestros oídos el rumor de las aguas de un riachuelo o la canción del bosque. ¿Nunca deseó algo semejante? Lo que bailamos es un mal arreglo de una danza malaya. Para mi tiene un significado de soledad y de grandeza. Perdone. Quizá la aburra. Va a pensar que soy un compañero poco divertido.

—Por favor, continúe. Me interesan sus apreciaciones. Puede decirse que nací en un «cabaret». Mi madre era, como yo, cantante. Lo primero que escuché en este mundo fue un taponazo de champaña. A veces me encuentro aturdida, desplazada.

—Necesita vivir unos meses en silencio. Los sentidos se aquietan y se aprende a valorar la belleza.

Crippen estrechó más a la muchacha contra sí. Ella reclinó la cabeza sobre el hombro de Douglas. La impresionaban sus palabras.

Terminó la pieza musical y regresaron a la mesa. Eva se disculpó:

—Es mi número.

—La espero.

La mujer se alejó y las pupilas de Crippen experimentaron un brusco cambio. Desapareció el brillo feliz, para dejar paso a la desilusión, a la tristeza.

—Le llaman al teléfono, señor.

Miró al camarero, con burla y desafío.

—¿A mí? ¿Puede decirme cuál es mi nombre? Es un viejo truco. Dígale a quien sea que aquí estoy. ¡No vuelva a molestarme!

Intimidado por el tono enérgico del que le hablaba, el camarero se apartó, encaminándose al «*hall*», donde le aguardaba un individuo de facciones anchas y brutales, a quien refirió la respuesta obtenida de Douglas. El sujeto, desabotonándose el «*smoking*», se acercó a Crippen, sentándose frente a él.

—Oiga, escuche...

No pudo seguir. Una mano de hierro le agarró por las solapas, alzándole unos centímetros del suelo.

—Debe esperar a que se le invite. Si ignora las reglas de educación, yo se las enseñaré.

No había gritado. El tono de su voz era amenazador. Algunos clientes, que ocupaban las mesas inmediatas les miraron. Desde el templete de la orquesta, Eva Masera seguía, inquieta, la escena.

—¡Suélteme o no respondo!

Crippen obedeció, haciendo tambalearse a propio intento al que le amenazaba.

—No he venido a pelear, sino a divertirme. Se comportó usted con insolencia. No debió sentarse. ¿Qué es lo que quiere?

Los hombres, en pie, se desafiaron con el gesto.

—Hablar con usted unos minutos. Me llamo Charles Peel.

—Acomódese y disculpe. Me dejé llevar por mi carácter. Me irrita que nadie se tome excesivas atribuciones. Vamos, «desembuche».

La expresión vulgar y de mal gusto sonaba peor aún en boca de Douglas. Eva se hubiera asombrado del brusco cambio experimentado por Crippen.

—Tengo diez de los grandes para entregarle.

—¿A título de qué?

—De regalo. Queremos que nos considere socios.

Hubo una pausa. Crippen, fríamente, comentó:

—No le entiendo. ¿Le importa explicarse mejor?

—Lo haré si me promete olvidarse de lo que pueda decirle.

—Sea, por una sola vez. Si no le importa, esperaremos a que termine Eva de cantar. Me agrada su estilo.

Durante tres minutos, Douglas se supo observado por su interlocutor, aunque aparentó no reparar en ello. ¿Habrían descubierto su verdadera personalidad? ¿De qué forma?

Las respuestas a las dos preguntas las obtuvo de labios de Charles Peel:

—Escuche. No debemos fingir. El

F. B. I.

le ha enviado con amplios poderes para combatir a contrabandistas de armas y de drogas. Conocemos su historia y, para que no dude de mis palabras, se la relataré sucintamente. Es huérfano de padres y domina a la perfección lenguas y dialectos orientales. Con una beca ingresó en la Academia de Aviación e hizo la guerra en el Pacífico, de comandante. En la paz fue destinado a la jefatura de las Fuerzas Aéreas. Harto de papeleos, ingresó en el «Federal Bureau of Investigation». Sus jefes, estimando que no es aún conocido entre los malhechores, le han encargado una difícil misión. Nosotros no tenemos nada que ver con lo que busca; pero, aun así, no le queremos de enemigo.

—¿Por quién sabe todo eso?

—Ya no me importa decírselo. Supongo que no ha leído la Prensa de la noche. Mortimer

O'Days

se ha suicidado. Alternaba su puesto en el

F. B. I.,

con el de confidente de determinadas organizaciones. Sus jefes le cazaron. Por él supimos su llegada.

Crippen se mordió los labios. ¡Siempre le repugnaron los traidores! Recordaba a Mortimer. Por su culpa, tal vez fracasara, perdiendo la vida. Sus ojos relampaguearon al tiempo que crispaba la mandíbula.

—¿Pretenden sobornarme?

—No es ésa la palabra. Tan sólo nos interesa su... —dudó, no encontrando el vocablo apropiado— «flexibilidad». Usted no lo ignora. En todos los establecimientos de este género se juega a lo prohibido. Las autoridades lo toleran como un mal menor. A veces, nos visitan personas poco gratas... Ya me comprende.

—¿Por qué no le dijo mi nombre al camarero? Entonces hubiera salido al «hall».

—Interesa que nadie se entere de su verdadera identidad. Ni a usted ni a nosotros nos conviene. A cambio de su...

Impaciente, Douglas apremió:

—Sí, complacencia. Siga. No me gusta bordear los asuntos.

—Nosotros le serviremos de ayuda, yo en particular. Conozco a los indeseables de Nueva York. No nos interesa que nadie se extralimite ni irrite a los federales. ¿Qué me responde?

—He de pensarlo. ¿Le importa venir por la respuesta dentro de una hora? Eva espera a que usted se marche para acercarse. Es una criatura deliciosa.

—No tanto como se imagina. Arruinó tres fortunas en dos años. No se confíe.

—Gracias por el aviso. Hasta luego, Charles.

Apenas se hubo marchado el que intentaba torcer su carrera con una primera entrega de diez mil dólares, se aproximó la muchacha.

—No debiste proceder así. Peel es un mal enemigo.

—¡Bah! No se preocupe. ¿Otra copa?

Ella negó con el gesto.

—¿De qué habéis hablado?

Era la segunda vez que le tuteaba. Crippen, brutalmente, respondió:

—De tus tres amantes, a los que dejaste sin un centavo. ¿Es cierto?

—Sí —contestó la mujer, con valentía—, aunque te han informado mal. Si un hombre se encapricha de mí y se empeña en rodearme de joyas, yo no tengo la culpa. No obligo a nadie a obsequiarme. Acepto lo que se me da de buen grado. Si esos imbéciles no supieron restringir gastos, les beneficia una dura lección. El dueño del negocio se esfuerza en hacerme suya, ignorando que a mí se me conquista con el corazón y no con billetes. Adoro el lujo, pero no me vendo. Lamento haber perdido

una amistad apenas iniciada.

—Aguarda, Eva. No quise ofenderte. Es extraña tu psicología. Me interesas. Quizá yo sea el único que no pueda ofrecerte nada valioso externamente. Honradez, dignidad y afecto. ¿Significan algo en tu vida?

—Más de lo que te supones. Nunca me hablaron con tanta valentía. ¿No me crees?

—Sí. Hace media hora que cambiamos el saludo y ya hasta nos decimos cosas desagradables. ¿No es cierto que me tomaste por un vulgar galanteador?

—Así es.

—Nos equivocamos los dos. Me encuentro sola en la ciudad y en la existencia. Cuando muera se extinguirá el apellido Crippen. Vi en tu persona lo que no es fácil encontrar en las mujeres norteamericanas: personalidad. No adivinaba que en tu corazón hubiese una tragedia.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino. Desprecias a los que te consideran una mercancía y ambicionas ser tratada como mujer. He viajado mucho, y eso enseña. Brindemos por algo en desuso en los tiempos en que vivimos: por la sinceridad.

Llenó las dos copas, tendiendo una a la muchacha. En silencio, tras chocar levemente el vidrio, bebieron.

—¿Qué es lo que quería Charles? Estuvo procesado dos veces por asesinato.

—Esperaba la insistencia en tu pregunta. Ha quedado en volver. ¿A qué hora terminas?

—A las dos y media.

—Me agradecería acompañarte a casa. ¿Te importa?

—No. Acepto gustosa. Así me libraré por una vez del asedio de William Murphy. Habito en Central Park.

Conversaron de temas variados, principalmente de teatro. Eva Mason tuvo aspiraciones de actriz dramática, pero la adversidad la obligó a actuar en un «*cabaret*» de Filadelfia.

—Necesitaba dinero —explicó a su acompañante—. Cuando quise rectificar era tarde. Ambicionaba ser famosa y lo he conseguido. Los propietarios de los principales clubs se disputan mis contratos. Ahora no sabría empezar una nueva carrera. Las distintas

facetas del arte tienen sus figuras. Es imposible suplantarlas. Además, no me avendría a los largos ensayos ni a la esclavitud de dos funciones. Prefiero mi libertad... He de cambiarme de ropa. Restan tres números, los más importantes.

—Te aguardo con impaciencia.

Solo, Douglas apretó el brazo contra la culata del revólver, que nunca le abandonaba. Al saberse descubierto se consideraba en peligro. ¿Qué le respondería a Charles Peel? Aunque aceptase ese dinero, estaba seguro de que no conseguiría infiltrarse en el «gang», como era su deseo. Se decidió a afrontar valientemente la situación.

En Washington le dijeron que William Murphy no era ajeno al contrabando que interesaba anular. Le era imposible consultar con sus superiores. Sin duda tendrían controlado el teléfono.

El tabaco le serenó. Faltaban diez minutos para que Charles le pidiera una respuesta. No confiaba en el «gangster».

Escuchó con deleite a Eva en una dulzona canción criolla. La muchacha le sonreía con agrado.

Tomó más champaña, adoptando una resolución. ¡Combatiría abiertamente a sus enemigos! Vio acercarse a Peel.

—¿Puedo sentarme? No me agradecería repetir la escena anterior.

—Hágalo. ¿Tiene más que añadir a su proposición anterior?

—Sí. Cinco billetes. Quince mil dólares es un buen bocado.

—Carezco de dientes para tanto.

Las pupilas de Charles se dilataron por el asombro.

—¿Se niega? En unos meses le haremos rico.

—¿Tanto da el juego?

El interrogante estremeció a Peel, que se apresuró a replicar:

—No es el único negocio. Poseemos autorización del Gobierno para importar «*whisky*» de Inglaterra y Canadá y hacemos otros asuntillos. El jefe quiere una respuesta categórica. Sí o no.

—Ni lo uno ni lo otro. No pretendo ser enemigo de nadie ni me gusta inclinar la espalda ante ningún amo. Desearé que no se crucen en mi camino. No pienso entorpecer sus actividades a no ser que...

—Continúe.

—Nada. Era una tontería. Pensaba en las armas que se mandan de Nueva York a Puerto Rico, para favorecer la sublevación de los nativos. Ustedes son ajenos a eso, ¿no es verdad?

—Puede asegurarlo. Lo lamento, créalo. Nos gustará verle a

menudo. Siempre invitará la casa.

—Si no acepto un... regalo de quince mil dólares, menos una consumición. Transmite mis saludos al señor Murphy. Me hubiese agradado verle.

Tanta ironía rezumaban las palabras del agente del F. B. I.,

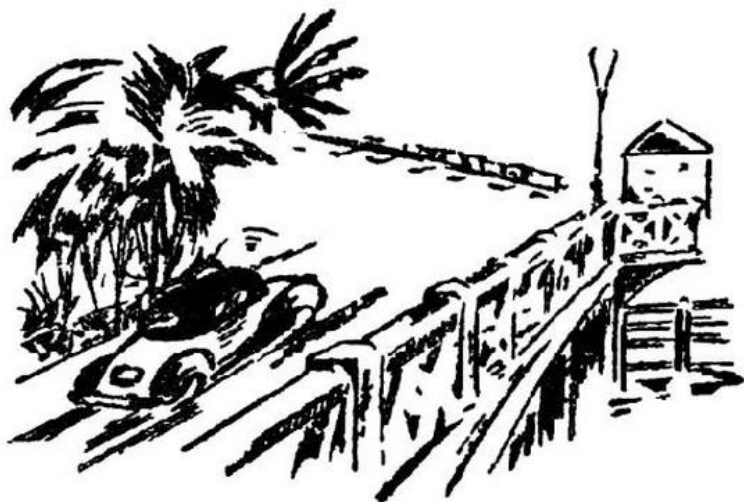
que el «gangster» palideció, incorporándose:

—Así se lo diré, señor Crippen. Buenas noches.

Marchó hacia el vestíbulo, mordiéndose, airado, los labios. No admiraba la integridad del miembro del «Federal Bureau of Investigation», sino que le despreciaba. Para él, los dólares lo eran todo.

Douglas, pensativo, siguió a Charles con la mirada. En Washington no se equivocaron. Se hallaba sobre la verdadera pista.

Intuyó una serie de complicaciones, que tal vez le impidiesen ir a visitar, como prometió, a su amigo George Powell. Ignoraba que sólo unos metros le separaban de él...



CAPÍTULO II



N efecto, el asunto es grave. No cabe coartada. ¿Cómo fue tan torpe? Es inconcebible en un hombre de su inteligencia. ¿Ignora el asesinato científico?

Powell levantó, altanero, la cabeza.

—No soy un criminal, Murphy. Me dejé arrebatar por la ira.

El dueño del «*night-club*» de Montague Street encendió, calmoso, un habano.

—No me ha entendido. Somos seres de instinto. Unos los satisfacen como usted y van a la silla eléctrica; otros esperan su oportunidad y burlan a la ley, eliminando a sus enemigos con astucia; los más prefieren dominar la brutalidad de sus corazones y son considerados hombres de honor. Entre éstos se encontraba George. Por su calidad de abogado, no ignora las artimañas de la delincuencia. Si la odiaba, ¿por qué no simuló un accidente

automovilístico? No se hallaría en tan apurada situación. Lo que importa es buscar remedio. No olvido a los amigos. Me prestó un gran favor. Ha de obedecerme. ¿Teme a la muerte?

—No, si viene envuelta en una bala. Me horroriza el juicio, la prisión, el avance de las horas hacia un final infamante, vergonzoso. Salvé a muchos de la «silla». Me consideran un buen jurista por haber obtenido más sentencias absolutorias que ninguno de mis compañeros. Ya le expliqué la causa. Asistí a una ejecución.

—Comprendo.

William Murphy fumó, voluptuoso. Era un hombre de unos cincuenta años, que aún se conservaba joven. Especulador audaz desde su juventud, conoció pronto la riqueza y supo rodearse de todo género de comodidades. Entre los miembros del «gang» se comentaba el hecho de que un masajista le visitara diariamente, para someterle a un tratamiento adecuado a fin de eliminar las grasas.

Hubo un largo silencio.

—Bien, Powell. No hay más que una solución.

—¿Cuál es?

Había tanta ansiedad en la pregunta, que Murphy se sonrió.

—Escondarse. Me asombra que no haya pensado antes en eso. Debe dejar que transcurra un año, quizá dos. Entonces se trasladará de ciudad. Le llevaré a un buen cirujano, para que transforme su rostro. Provisto de documentación falsa, podrá marchar a Méjico o al lugar que prefiera a rehacer su vida.

—Y ¿por qué no ahora?

—Sería imposible. Mañana los periódicos reproducirán su fotografía. La Ley vigilará carreteras, aeropuertos, ferrocarriles... Conozco a los de la Metropolitana. Son sabuesos que no se dejan engañar.

—Me aburriré mortalmente. Habrá que encontrar un sitio de confianza.

William le miró fijamente.

—Yo se lo proporcionaré, aunque no de balde. Usted me cobró cinco mil dólares por defenderme. No existe razón para que yo lo haga gratis.

El rostro de George Powell se ensombreció:

—No puedo pagarle. La primera medida de las autoridades es

bloquear las cuentas corrientes de los fugitivos.

—No necesite dinero. Escúcheme. Tengo un hijo de veinte años que estudia para abogado. En un futuro, será él quien me defienda. La Universidad le enseña los textos oficiales. Quiero que usted le adiestre de tal forma, que cuando termine la carrera, esté en condiciones de enfrentarse con los mejores juristas. Tendrá las comodidades que apetezca, incluso despacho y biblioteca. ¿Qué le parece?

Powell no dudó:

—Es el único camino. Acepto. ¿Dónde viviré?

—En un hotel de Central Park, en Manhattan. El último piso estará a su disposición. Compartirá la residencia con una mujer de la que no debe enamorarse. Ella habita la planta baja. La Policía le buscará en los barrios extremos, en el Harlem o en Queens, nunca en plena ciudad.

George meditó.

—Quizá Virginia, la camarera del «*night-club*», diga que nos vio hablando...

—No importa. La finca está a nombre de Eva Mason. Usted debe contribuir al futuro éxito profesional de mi hijo. Ya me ocuparé de que nada le ocurra. ¿Vamos? Más tarde quizá fuera peligroso el viaje. Le llevaré en mi coche. Recuerde bien una cosa —la voz de William Murphy se tornó amenazadora—: esa muchacha es para mí. ¿Comprende?

—Es absurda su advertencia. Acabo de matar a mi prometida...

Powell siguió a Murphy a través de un largo pasillo que desembocaba en una amplia habitación, en uno de cuyos extremos había un hombre ante un enorme aparato de clavijas, semejante a una centralita telefónica. En los oídos tenía unos auriculares dobles. Charles Peel, a su lado, en pie, fumaba un cigarrillo.

—Celebro verle, jefe. Fracasó el primer plan. ¿Ordenes?

—Lleva a efecto el segundo y procura no fallar. Te espero en casa dentro de dos horas.

—De acuerdo.

Apenas William y George hubieron salido, el «gangster» alzó una cortina, que dejaba al descubierto una serie de pequeños orificios, desde los que se divisaba el «*cabaret*».

—Conecta otra vez con la mesa treinta y dos. Ella se acerca.

Parece que van a marcharse. Da el amplificador. Quiero oír lo que dicen.

El que operaba en el complicado mecanismo se quitó el casco con los auriculares, oprimiendo una serie de botones. A través de un pequeño altavoz se oyó, metálica, la voz de una mujer:

«—¿He tardado mucho, Douglas?

»—Demasiado para mi deseo. ¿Una última copa?

»—Sí».

Peel vio que Eva y Crippen bebían, incorporándose, y se dirigió rápidamente a un gabinete, en el que varios hombres jugaban a los naipes.

—Robert, Irving: llegó el momento. No olvidéis mis instrucciones.

Se reunió de nuevo con el que escuchaba las conversaciones de las mesas mediante un hábil sistema de micrófonos disimulados debajo del tablero. Los mayores ingresos de Murphy eran conseguidos con el chantaje. Cientos de ciudadanos respetables se preguntaban como el que iba a visitarle conocía sus diálogos y problemas íntimos. Acababan siempre accediendo, por evitar un escándalo. Nueva York, como toda gran ciudad, era un vivero de intrigas y deslealtades financieras y amorosas. Un grupo de «gangsters», que no frecuentaba el «*cabaret*», ocupábase de explotar las ajenas debilidades.

—¿Qué han dicho?

—Nada. Van a Central Park. Eva le ha invitado a tomar una taza de té.

Charles Peel continuó vigilando al que intentó sobornar y que ayudaba a la cantante a ceñir en torno a su garganta un típico «echarpe» azteca.

—Gracias, Douglas. He de evitar los resfriados. Cuando quieras.

Los dos jóvenes atravesaron el local. Las mujeres se volvieron al paso de Crippen, impresionados por su elegancia; los hombres al de Eva, espléndida en su hermosura.

—Habremos de ir en un «taxi». Dejé el automóvil en el garaje del hotel, para que lo engrasaran.

—Utilizaremos mí «Nash». Acostumbro a aparcarlo lejos del establecimiento. Son demasiados los vehículos que se estacionan frente al «*cabaret*».

El moderno coche se hallaba, como Eva indicó, a unos cien metros. Montague Street, calle del barrio más suntuoso de Brooklyn, en el que se encuentran instalados los mejores hoteles y clubs, estaba totalmente desierto. Eran las tres menos cuarto de la madrugada.

Avanzaron despacio, gozosos en percibir en sus sienes la caricia del aire de la noche. Crippen había cogido del brazo a la cantante. De pronto, sus dedos se crisparon.

—¿Qué te ocurre? —inquirió ella, extrañada.

La respuesta fue harto brutal. Douglas, de un empujón, la derribó a tierra, saltando a la derecha hasta ocultarse detrás del tronco de uno de los gruesos árboles que adornaban el paseo. En su mano derecha había aparecido una automática. Eva comprendió que alguien trataba, sin duda, de asesinarles y se arrastró junto a él. Nadie disparó. El silencio, por lo denso, llegó a ser molesto.

—¿Qué temes? —inquirió la muchacha, contemplando, asombrada, el brusco cambio experimentado por Crippen.

Su mandíbula inferior se adelantaba en un gesto agresivo. La pistola no temblaba.

—Ponte detrás de mí. Mira a tu izquierda. ¿No ves brillar algo a la luz de la luna? Esperan a que nos descubramos para...

—¿Matarnos?

—Quizá.

El diálogo, un susurro, fue cortado por la audaz maniobra de Douglas, que, quitándose la americana del «*smoking*», la arrojó frente a él. Un fogonazo y un sonido leve, inferior al taponazo de una botella de champaña, convencieron a Crippen de que sus sospechas eran ciertas. Intentaban matarle utilizando silenciadores. Oprimió una vez el gatillo. La detonación restalló como un trallazo. ¡La batalla había comenzado!

Douglas no ignoraba su inferioridad. Sus enemigos, agazapados, esperaban su menor descuido. Él, sin embargo, se veía obligado a no descubrirse, por temor a recibir un proyectil. Un leve roce a su espalda le hizo volverse. Un hombre se acercaba, revólver en mano. El agente del

F. B. I.,

sin vacilar, hizo fuego por dos veces, alcanzando al «gangster» en pleno pecho. El grito de agonía fue espantoso.

Se oyeron unas sirenas. Sin duda se trataba de un vehículo de la Patrulla Móvil, atraído por el primer disparo de Crippen, que esperó. Era necio exponerse inútilmente.

Un minuto más tarde, un automóvil se detenía, descendiendo de él cuatro agentes de uniforme, al frente de los cuales iba un sargento, que se encaró con Douglas:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es usted?

Douglas comprendió que era necio ocultar por más tiempo su personalidad oficial a Eva.

—Del

F. B. I.

Intentaron asesinarme. Herí a ese hombre.

El que mandaba a los de la Metropolitana se inclinó sobre el caído, comentando:

—Buena puntería. Los dos proyectiles entraron casi juntos. ¿Viene con nosotros?

—Más tarde. Tome el número de mi carnet, si lo desea. He de acompañar a esta señorita.

El sargento anotó el nombre de Crippen y los datos que se consignaban en el documento acreditativo del miembro del «Federal Bureau of Investigation» y, saludándole con respeto, ordenó a dos de los policías:

—Quedaos con el cadáver hasta que vengan el juez y el forense. Usted, Melvin, comuníqueme por radio a Jefatura...

Ni Douglas ni Eva Mason escucharon el resto de las instrucciones, porque, recogiendo la americana del «*smoking*», que él se puso, montaron en el «Nash».

—Déjame conducir —pidió Crippen—. Lo sucedido quizá te haya puesto nerviosa.

Ella se limitó a asentir en silencio y el del

F. B. I.

enfiló Montague Street para, por el camino más corto, alcanzar el famoso puente de Brooklyn, que une el Municipio del mismo nombre con Manhattan. La cantante fue a interrogar a su compañero, pero calló, encendiendo un cigarrillo.

—¿Quieres?

—Gracias.

Nueva pausa. Los faros del automóvil horadaban las sombras

iluminando el macadam.

—¿En qué piensas, Douglas?

—Me extraña que el que maté no disparase. Sólo hay una respuesta a esa incógnita. Tenían orden de no herirte. Nos esperaban. Sin duda adivinaron que iba a acompañarte.

—¿Sospechas de mí?

—No, Eva —mintió él—. ¿Cómo pudiste imaginarlo? Tú no puedes estar mezclada en asuntos criminales.

—Y ¿por qué no?

—Tus ojos son claros y dulces y tu frente despejada. Los malhechores, en su mayoría, llevan en el rostro la depravación.

—¿Por qué no me dijiste que eras un

«G-men»?

Perdona.

Apenas dichas tales palabras, se arrepintió. De tal forma designaba el vulgo a los agentes federales. Él sonrió:

—Con un nombre o con otros, somos necesarios para mantener el orden en la nación. No te oculté nada. Vine a descansar y estoy decidido a no intervenir en ningún asunto. Mi caso lo pondré en mano de los camaradas de la División de Nueva York. Charles Peel quiso enterarse de si mi visita al «*cabaret*» tenía carácter oficial. Le aseguré que no y no me creyó. Tú me dirás dónde paro.

—Continúa. Aún has de pasar el grupo de grandes hoteles y el estanque.

Douglas redujo la velocidad del «Nash».

—¿No seré inoportuno? Aún puedes volverte atrás en tu invitación.

—No hay motivos.

—Es increíble que una mujer tan hermosa viva sin... complicaciones sentimentales.

—Pues así es. Hemos llegado. Toca tres veces el «claxon». El mayordomo nos abrirá la verja.

Así fue. Un hombre, cuyo rostro fue familiar al del F. B. I.,

les franqueó la entrada. El automóvil, conducido por la experta mano de Crippen, se detuvo en el interior de un amplio jardín, en cuyo fondo se alzaba un edificio de tres plantas, al que se entraba por unas escaleras de cemento rematadas por grandes macetas con

plantas.

Atravesaron un «*hall*» sobriamente decorado, para penetrar en un coquetón gabinete, adornado con exquisito gusto.

—Voy a ponerme cómoda. Ahora mismo me reúno contigo.

Crippen se sentó en un amplio sofá, mientras Eva desaparecía por una puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

Una vez solo, el agente del

F. B. I.,

venciendo sus deseos de registrar la estancia, se abstraigo en sus meditaciones. ¿Estaba la mujer en combinación con William Murphy? Si la galanteó fue porque, en un principio, lo pensó así. Sin embargo...

Recordó los consejos recibidos en la Academia en los meses que duraron los cursos: «Una mujer es más peligrosa que una bala».

No pudo evitar una sonrisa. No era desagradable recibir un proyectil tan hermoso como Eva Mason.

Contempló el decorado de la estancia. Al fondo, una rinconera conteniendo jarrones y miniaturas. A su izquierda, un mueble-bar con incrustaciones de marfil. El tresillo y una mesita de centro completaban el decorado, a más de una araña de bronce y algunos cuadros en las paredes.

Crippen disfrutaba mirando las flores que en un búcaro y sobre la rinconera alegraban el gabinete.

—¿Te gusta mi casa?

Se volvió a Eva, que se había puesto una bata larga de seda azul forrada de blanco y unas zapatillas de los mismos colores.

—No tanto como su propietaria. Estás deliciosa.

—Eres muy galante. Ahora nos traerán el té. ¿De qué hablamos?

—De ti. No imagino conversación más interesante. ¿De veras no amas a Murphy?

—No. Él me asedia y me molesta. ¿Qué escuchas?

—Pasos. Alguien anda en el piso de arriba.

—Será el mayordomo. ¿Tienes miedo?

Los labios de Crippen parecieron dilatarse. Violentemente cogió por los hombros a su interlocutora y, atrayéndola hacia si, la besó en los labios, apartándola después. Murmuró roncamente:

—A un hombre le hubiese machacado la cara. ¡No vuelvas a insultarme!

Eva no respondió. Su rostro expresaba sentimientos conjuntos de enojo y de humildad, por fortuna, el criado cortó la violenta escena, llevándoles un servicio completo de té y una bandeja con pastas, que depositó sobre la mesa, saliendo.

—Olvidemos lo que acaba de sucedernos —pidió la joven—. ¿Un dulce?

Él aceptó. No obstante, el diálogo languidecía. Crippen, incorporándose, dijo:

—Es mejor que nos separemos. Mañana volveré al «*night-club*». Adiós, Eva.

Ella le tendió la mano y el del

F. B. I.

abandonó el hotel. La verja estaba cerrada y hubo de pulsar un timbre, para que el criado saliese a abrirle.

Apenas desapareció Crippen, la cantante se puso en pie y, por el «*hall*», alcanzó la escalera de mármol que llevaba a los pisos superiores. Subió precipitada. Un muchacho de apenas cumplidos veinte años la saludó, sonriente:

—Hola, Eva. Hice ruido a propósito para que se marchara.

—No me agradan esas bromas, Bill. ¿Cómo has venido?

—Me telefoneó mi padre. Está en el piso de arriba. Me asomé a la ventana y os vi entrar. Eso es todo. ¿Dónde vas?

—A decirle cuatro verdades a William Murphy.

—No es necesario que te molestes, querida. Aquí me tienes.

El dueño del «*cabaret*» de Montague Street sonreía a la mujer, que vaciló.

—No me gusta que nadie se entremeta en mis asuntos.

—Me libraré de hacerlo. No te enojas con Bill. Yo soy el responsable de su visita. Tenemos los tres que hablar. ¿Enamorada?

Ella palideció.

—No te importa. Soy dueña de mis sentimientos.

—No te molestes en repetírmelo —le interrumpió él—. Lo sé, aunque no tardarás en cambiar de opinión. Te tengo por una chica inteligente. ¿Un cigarrillo?

Tendió su pitillera a Eva y a su hijo, encendiendo a su vez.

—Di pronto lo que desees.

La cantante se sentó en una de las sillas del despacho y los dos hombres la imitaron. William comenzó:

—Necesito utilizar el último piso del hotel y este cuarto de trabajo. Un amigo mío se encuentra en un apuro. Acaba de matar a su prometida y...

Refirió lo que George le contara y cómo estaba decidido a ocultarle; utilizándole de maestro de Bill. Al terminar, el muchacho habló, entusiasmado:

—Estupendo, papá. Powell es el mejor abogado de Nueva York. Siempre que ha actuado en causas públicas he ido a oírle.

—Celebro que te guste la idea. Has de ser prudente. No ignoras que mis negocios bordean la ley. Defenderás mis intereses, que son los tuyos. Te prefiero audaz a señorito estudioso sin plena conciencia de responsabilidad. Yo he triunfado en la vida. Quiero que a ti te suceda lo mismo, aunque con el mínimo riesgo. ¿Tienes algo que oponer, Eva?

—Sí. No deseo complicaciones. Me culparán de encubridora. El hotel es mío. Por si no lo recuerdas te diré que me lo regalaste cuando firmé el contrato para actuar en tu «*cabaret*». Tengo las escrituras a mi nombre.

—No lo ignoro. Sin embargo, me obedecerás.

La muchacha se incorporó. Sus ojos brillaban, excitados.

—¡Si no te llevas a ese hombre de mi casa le denunciaré!

William Murphy, calmoso, aspiró el humo del cigarrillo.

—Recuerdo una vieja historia. La protagonista se llamaba como tú, Eva, pero su apellido era distinto. ¿A ver si recuerdo?... Hart... Eso es. Se trataba de una ladrona de guante blanco, a la que la Policía no consiguió identificar. Daría mucho por prenderla. ¿No te sugiere nada?

La cantante, lívida, balbució:

—¿Cómo lo has sabido?

—Eso no importa. Alguien oyó la conversación que sostuviste con un antiguo cómplice en el «*night-club*». La Metropolitana archiva tus huellas. No presumas de puritana. Aprende, Bill, a ser el más fuerte. Sería un canalla si procediese así con una mujer de limpia historia. Eva comprende, porque la ha practicado, la ley del más fuerte, del más astuto.

—¡Monstruo! Ningún padre aconsejaría así a su hijo.

—Él no conocerá el amargo sabor de la pobreza. Adiós. Dormiré aquí, para recibir de noche las lecciones de Powell. Vuelvo al

«cabaret». He de controlar la liquidación. Adiós.

Salió, sonriendo con aire satisfecho. Su truco de los micrófonos en las mesas le servía también para apoderarse de la voluntad de Eva.

La muchacha, anonadada, tardó en reponerse. Cuando lo hizo, miró con angustia a Bill.

—No le obedezcas. Sigue un camino honrado, digno. Tu padre es un...

—¡Calla! Careces de autoridad moral para enjuiciarle. Siempre escuché tus consejos. Te veía... qué sé yo... como algo por encima de la materialidad del mundo. Nunca te lo dije. Llegaste a ser para mí una meta inalcanzable. Rechazabas a mi padre y te admiraba.

Las palabras del joven, con el despecho, reflejaban un profundo dolor. Eva, por vez primera, comprendía que Bill se había enamorado de ella con la intensidad de una primera pasión. Intuyó un mundo de rencor.

—No debes juzgarme sin saber que...

Se contuvo a tiempo. Estúpidamente iba a revelar el secreto de su vida. El pequeño Murphy llevaba en sus venas una sangre maldita.

—¿No te atreves a continuar? Haces bien. Mi padre tiene razón al enjuiciar a los humanos como a seres de instinto. Me has hablado muchas veces de la bondad. ¡Mi maestra, una cualquiera! ¡Qué cruel decepción!

—¡Bill!

La cantante, en un acceso incontenible de furor, abofeteó al que la insultaba. Luego rompió en un sollozo, desplomándose en un sillón.

El joven no supo qué actitud adoptar. Su corazón, aún no corrompido, le inclinaba a consolar a la mujer, pero su orgullo se impuso.

—¡Déjate de comedias! —barbotó—. No vas a convencerme con unas lágrimas.

Abandonó el despacho, penetrando en su alcoba. Apenas se vio solo, mordióse los labios, en un esfuerzo por ahogar la tristeza que le rebosaba en el alma. Notó que algo húmedo resbalaba por sus mejillas. ¡Estaba llorando!

Clavó sus uñas en la carne preso de un ataque de cólera. George

Powell había matado a una mujer. ¡Él iba a hacer lo mismo!

Sacó un revólver del cajón de la mesilla y entró de nuevo en el despacho. Eva continuaba llorando.

Curvó el dedo sobre el gatillo... No... él no podía matarla. La amaba con toda su alma...

Retiróse despacio, para no ser oído por la muchacha, y se tendió en el lecho sin desnudarse.

Las sucesivas emociones y la velada le rindieron...

CAPÍTULO III



A mañana era espléndida. El sol iluminaba los altos edificios haciéndoles brillar como gigantescas antorchas de plata y oro. El Empire State Building, de ciento dos pisos, se alzaba retador, perforando los últimos jirones de niebla. Los rascacielos de Rockefeller Center rodeaban la católica Catedral de Saint Patrick, simbolizando que en el país del dólar predominaban los valores materiales sobre los del espíritu. La lucha por la vida es más feroz en la metrópoli que ninguna otra parte del planeta. El ritmo apresurado, febril, de la existencia no deja tiempo para que el alma remanse...

El Waldorf Astoria, situado en la Quinta Avenida entre las calles Treinta y Tres y Treinta y Cuatro, es uno de los mayores hoteles del mundo. Sus dieciséis pisos cobijan a las más altas personalidades internacionales y extranjeras, así como a pequeños negociantes y

empleados que ocupan las habitaciones interiores, más reducidas de precio.

Los galoneados porteros se esforzaban en atender las demandas de los residenciados que pedían sus coches propios o vehículos de alquiler. Una larga fila de «taxis» se alineaba frente al Astoria.

Douglas Crippen salió del Waldorf, encaminándose a la más próxima estación del «elevado». Su semblante reflejaba mal humor. Pensaba haberse levantado a las nueve y eran casi las once.

Tomó el ferrocarril, uno de los muchos servicios que afean la ciudad. El «Elevated Railroads» descansa sobre gruesas viguetas de hierro que se alzan en las principales calles a alturas que oscilan entre los diez y los veinte metros. El ferrocarril ensordece a su paso por su gran velocidad y por hallarse montado sobre estructuras metálicas.

El miembro del «Federal Bureau of Investigation» se abstraigo tanto, que fue preciso que alguien le empujara para hacerle recordar que deseaba apearse en Fulton Street, cosa que realizó segundos antes de que el tren reanudara la marcha.

Con paso rápido, caminó por la principal vía de Brooklyn. Seguramente el inspector Gorry, cansado de esperarle en su domicilio particular, se habría marchado a la División del F. B. I.

No le importaba. Después de la traición de Mortimer O'Days

era necio continuar actuando en el anónimo. Grande sería la sorpresa de su superior al verle penetrar en su despacho, pese a las recomendaciones que le hiciera en Washington.

No se equivocaba. La esposa de John Gorry se ofreció a llamar a su marido por teléfono.

—No es preciso que lo haga, señora. Yo iré a verle.

Tomó un «taxi» y durante el largo recorrido adoptó un plan a seguir. El «gangster» a quien, en legítima defensa, matara la noche anterior era uno de los hombres a sueldo de William Murphy. Imposible demostrarlo, pero varios agentes lo afirmaron por haberle visto en compañía del propietario del «*night-club*» de Montague Street. Fracasado el soborno, el asesinato.

Abonó al chofer el importe del viaje y subió de dos en dos las escaleras que le separaban de las oficinas del inspector Gorry quién,

al sentir abrirse la puerta, levantó la cabeza. Crippen esperaba una explosión de cólera que no llegó.

—Gracias a Dios, hijo. Siéntese. Ahora me explicará lo ocurrido.

—¿Por qué supone que ha pasado algo?

—De no ser así, no desobedecería las instrucciones del Estado Mayor. Tengo de usted inmejorables referencias.

John Gorry era un hombre de cerca de sesenta años, de aspecto bondadoso y paternal. En el ocaso de su vida y su carrera, estimado de sus superiores, trataba con singular cariño a los de las nuevas promociones. Pese a haber sido en su juventud uno de los agentes más temerarios y a estar habituado a la violencia, la idea de que uno de sus muchachos muriera le inquietaba, angustiándole.

—Vamos, Douglas, empiece. Siento curiosidad por conocer su historia.

—Es breve y desagradable, señor. Todos los proyectos cuidadosamente elaborados en Washington han caído por tierra.

Narró su conversación con Charles Peel, omitiendo sus incipientes relaciones con Eva Mason. Intuía que la muchacha daríale el éxito, y ambicionaba sorprender a sus jefes en su primer trabajo. Terminó:

—Sugiero una idea. Que varios hombres se turnen en la vigilancia de William Murphy y de su lugarteniente, hasta averiguar la llegada de una remesa de drogas o el envío de un barco con armas. Entonces actuaremos y...

—Hay algo mejor que eso, Crippen —le interrumpió su superior—. Introducir un confidente en el «gang». ¿No le parece?

—Desde luego, pero será imposible.

—No lo crea. Ya lo hemos hecho.

Douglas se movió en su asiento, mordiendo la punta del cigarrillo.

—¿Quién es?

—No debe saberlo, al menos por ahora. Esta noche, a las diez, le espero en un hotel del número doce de la avenida Carlton. Daremos a los contrabandistas la primera batalla. Es conveniente que empiecen a temernos para que, al adoptar medidas de seguridad, cometan una imprudencia. ¿Qué le sucede? ¿Se pone malo?

Crippen había tomado entre sus manos un ejemplar de la edición matutina del «New York Herald». En primera página, con grandes

titulares, se denunciaba el asesinato de Ethel Smith por el abogado George Powell.

—Es un gran amigo mío. Hicimos juntos la guerra. Yo tengo la culpa de que haya cometido ese delito. Le encontré anoche a la puerta del «cabaret» de Murphy. No debí dejarle marchar.

—¿A qué hora sucedió eso?

—Sobre las once, quizá antes.

—Ya había matado a la muchacha. El crimen, según el dictamen forense, tuvo lugar entre las siete y las ocho.

—Me explico su nerviosismo. ¿Por qué no se confió a mí?

—Es bien sencillo. Hubiera tenido que detenerle.

—Él ignora mi condición de agente federal.

Hubo un largo silencio. El inspector Gorry tendió un cigarrillo a Crippen, aconsejándole:

—Es un asunto de competencia de los de la Metropolitana. Ellos harán por resolverlo. Volvamos a lo nuestro. Mi proyecto es peligroso para usted. Escúcheme.

Habló durante largo rato. Buen psicólogo no ignoraba que en el cerebro de Douglas bullían otras preocupaciones. Cuando hubo terminado, rogó:

—¿Quiere repetirme lo que he dicho?

—En el asalto de esta noche usted me pedirá órdenes en alta voz, pronunciando mi nombre y apellido. Alguien velará por mi vida. Seré el «cebo».

—Exacto. Diviértase. No haga lo de esta mañana.

—Me acosté rendido.

—Comprendo. Adiós.

El inspector Gorry se inclinó sobre una carpeta de apuntes, y Crippen abandonó el despacho. Ya en la calle, compró un número del «New York Herald» y, decidido a alejarse del tráfico de la ciudad, en el «subway»[2] se dirigió a Cenital Park, el maravilloso parque de la isla de Manhattan, pleno de bellezas naturales y en el que se encuentran instalados los jardines botánicos y zoológicos. Penetró por la puerta de la Octava Avenida, paseando por los umbrosos paseos hasta desembocar en la laguna. Alquiló una lancha.

Serenóse su sistema nervioso con el ejercicio y, más tranquilo, desdobló el periódico, leyendo la información relativa al asesinato

de Ethel Smith. El reportero aseguraba tratábase de un delito pasional.

Powell era excitable, en ocasiones brutal. Varias veces le vio reaccionar así, frente a contingencias adversas en la guerra.

¿Se podía matar por amor?

Le sorprendió una respuesta afirmativa y el recuerdo de Eva Mason. Aquella mujer era una perdida, una perfecta comediente.

Miró a lo lejos. El espectáculo era maravilloso. Los altos edificios se perfilaban en el horizonte como gigantescos guardianes de una moderna civilización...

Impulsó la barca a la orilla y llegó a una de las cabinas telefónicas. Pidió una ficha y la guía, buscando un número.

Con dedos no muy firmes, hizo girar el disco.

—¿Está la señorita Mason? De parte de Crippen —aguardó unos minutos—. Hola, Eva. ¿Te importaría comer conmigo? ¿Voy por ti?... En el Central Park... Sí... Te aguardo en el embarcadero.

Colgó. Tal vez William Murphy se sirviera de la cantante para vigilarle. Sonrió. No era hombre que se dejase sorprender.

Una hora más tarde, un «claxon» le hizo volver la cabeza. En uno de los próximos caminos para carruajes se había detenido un «Nash» y de él bajaba, espléndida, Eva Mason.

Se adelantó a recibirla y cambiaron un cordial apretón de manos.

—Temí que, con anterioridad, hubieras contraído algún compromiso. ¡No sabes lo que me alegra verte! Nuestra despedida no fue muy normal y temía que...

—No recordemos más eso. Perteneces al pasado. Yo acostumbro a mirar al porvenir. Demos un paseo en lancha.

Hasta las dos de la tarde no abandonaron Central Park.

—No conozco Nueva York, Eva. ¿En qué sitio se come bien?

—En el Century. Es un «club» frecuentado por artistas y sabios. Es caro el cubierto...

—No importa. Mi sueldo me permite de cuando en cuando tales dispendios.

Cuando se despidieron a las seis de la tarde, la amistad de los dos jóvenes habíase consolidado y una incógnita obsesionaba a Crippen.

¿Era posible que Eva fuese cómplice de un grupo de asesinos?

Penetró en un cinematógrafo de sesión continua del que, malhumorado, salió a las nueve y cuarto. El argumento de la película se basaba en el descubrimiento del asesinato de una joven que se parecía mucho a Ethel Smith.

¿Qué haría George Powell? Le imaginó escondido, creyendo poder librarse de una ley a la que siempre defendió. ¡Necio! Nadie escapa a la Justicia.

Diez minutos antes de la hora indicada por John Gorry, se hallaba en el número 12 de la avenida Carlton, una de las oficinas privadas del «Federal Bureau of Investigation». Cinco agentes estrecharon su mano, y el inspector ordenó:

—Examinen bien los revólveres. Los necesitarán. Deben coger también metralletas. Posiblemente tendremos que emplearnos a fondo. Seremos siete hombres contra el «gang».

Tras tomar unas copas de «*whisky*», los representantes de la ley montaron en dos automóviles. En el primero, con el inspector y el que conducía, iba Douglas Crippen.

Los tres hombres no cambiaron palabra, atentos a sus propias ideas. Los coches, de la calle Bergen, pasaron a la avenida Flatbuse y, bordeando el cementerio Greenwood, alcanzaron la de Fith para llegar a Thirtythird, deteniéndose en las proximidades del East River.

En grupos de dos, consecuentes con las órdenes recibidas, penetraron en uno de los barracones de madera que se destinaban para el almacenaje de las mercancías hasta su embarque. Habían abierto con ganzúas y avanzaban sirviéndose de las linternas. El inspector apagó la suya tres veces con intervalos de unos segundos. Le respondieron de la misma forma y un hombre se les acercó. Era el vigilante.

John Gorry cambió con él unas palabras, y todos se dirigieron a un amplio ventanal desde el que se dominaban los muelles de la Bahía de Gowanus.

Abrieron las grandes hojas de cristales y, en silencio, aguardaron.

—Que nadie fume —avisó el inspector.

La espera, quién sabe si cara a la muerte, fue larga, angustiosa.

—No vienen —comentó Crippen.

En ese momento, un leve ruido a sus espaldas les hizo volverse.

La puerta de la amplia nave se abría. Douglas susurró al oído de Gorry:

—¿Y el vigilante?

No obtuvo respuesta. Una luz centelleó en el aire. Era una linterna. Una ráfaga de ametralladora fue el comienzo de un inesperado ataque en el que los sorprendidos miembros del

F. B. I.

llevaban la peor parte. Oyó decir a su espalda a uno de los agentes:

—¡Maldito traidor!

Se refería, sin duda, al guardián de noche. Las pistolas de los defensores de la ley vomitaron su mortífera carga y una metralleta salpicó de fognazos la oscuridad.

Minutos más tarde, el olor a pólvora era irrespirable. Los agresores disparaban con mortífero acierto. Dos agentes habían sido heridos.

Douglas, junto al inspector, tras unos fardos, abrió nutrido fuego contra los «gangsters».

—De aquí no saldremos vivos —comentó Gorry—. Hemos caído en una emboscada.

Para dificultar aún más la defensa, se encendieron súbitamente los grandes focos del almacén, iluminándolo todo como si fuera de día. Desde donde se hallaba Crippen vio al vigilante correr a esconderse en unos cajones. Oprimió, airado, el gatillo de su metralleta, derribándole.

—¡Bravo, Douglas! Ése no volverá a vender a nadie. Procura no descuidarte. Las luces les perjudican a ellos más que a nosotros. Ahora sobrevivirá el que sea más prudente y tire mejor. Es indudable que nos enfrentamos con los «gangsters» de Murphy. Pondré en práctica mi plan.

De bruces en el suelo, sin mostrarse, el inspector voceó:

—Tira a matar, Crippen. ¡Pronto recibiremos refuerzos!

Esperaba que una serie de proyectiles se incrustaran en el parapeto, pero se equivocó. Las bombillas saltaron hechas añicos de certeros disparos y de nuevo imperaron la oscuridad y la muerte.

Las sombras eran rasgadas por gigantescos fuegos fatuos. Douglas habló muy despacio al oído del inspector, y con grave riesgo de su vida, se arrastró a la ventana. De su rapidez en actuar dependía ser o no alcanzado por las balas enemigas. Decidido,

tomando impulso, saltó al exterior, agazapándose. A unos doscientos metros, una lancha se acercaba y tres hombres esperaban en el muelle.

Avanzó arrastrándose, aun sospechando que no tardaría en ser descubierto, dada la distancia a recorrer. Lo que intentaba era suicida.

Enfrentarse sólo con el grupo de contrabandistas implicaba un riesgo seguro, pero en Quantico forjan agentes y héroes y había que impedir que las drogas entrasen en Nueva York.

Con la metralleta en disposición de disparar, en pie, avanzó. Tal vez le confundieran con uno de los que luchaban en el almacén, impidiendo a los policías intervenir los estupefacientes.



*Avanzó con la metralleta en disposición
de disparar.*

Le vieron llegar sin desconfianza. Los «gangsters» eran tres y dos los que amarraban la embarcación a uno de los salientes de hierro que jalonaban la orilla del East River. A unos diez metros de Crippen se detuvo:

—¿Qué es lo que quieres? —Gruñó alguien—. ¿No habéis

terminado aún con éstos?

Por la voz reconoció a Charles Peel. Repuso:

—¡Tirad las armas u os acribillo!

Nunca debió pronunciar tales palabras. Sin embargo, el

F. B. I.,

había de dar oportunidad de rendirse a sus enemigos. Desde donde se hallaba vio que el lugarteniente de Murphy se arrojaba al suelo y que sus secuaces intentaban esgrimir las armas. Apretó el disparador de su automática y una granizada de plomo cayó sobre los indeseables, alcanzando a tres.

Sin vacilar se tiró sobre el cemento, rodando en dirección al agua, en la que cayó, con la metralleta en alto. Los proyectiles de Peel se perdieron en el horizonte.

Nadó en dirección a la lancha y, con la mano izquierda, se aferró al borde del muelle, izándose, mientras que con la derecha sostenía el arma. Reparó que Charles y el «gangster» superviviente se incorporaban, con los revólveres empuñados. Apretó el culatín contra el hombro y, en tan incómoda postura, disparó de nuevo. Uno se desplomó sin vida y el otro, considerándose perdido, se lanzó al East River.

Giró la mirada en torno suyo. En el interior del barracón proseguía la lucha. El deber le dictaba permanecer junto a la embarcación en la que se trasladaban las drogas. El deseo instálale a sorprender por la espalda a los que mantenían a raya a Gorry y a sus hombres.

Un reflector le iluminó, cegándole. No pudo contener un grito de alegría. Una embarcación del Servicio Marítimo se aproximaba. El tiroteo era tan intenso, que no percibió el sonido del motor.

Temeroso de que, confundiéndole con un indeseable le dispararan, ya en el muelle, alzó los brazos, esperando a que varios agentes de uniforme le rodearan, encañonándole con sus armas.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió un teniente.

—Una batalla campal. Pertenezco al

F. B. I.

Busque en mi bolsillo de la americana y encontrará la chapa.

El oficial obedeció, comprobando la personalidad de Crippen, que le ordenó:

—Deje dos hombres de guardia y venga con el resto. El inspector

Gorry y un puñado de agentes están acorralados.

A toda velocidad llegaron a las inmediaciones del barracón.

—¡Cuidado! —advirtió Douglas—. Tiren a matar.

La puerta hallábase abierta, pero ninguno traspasó el umbral. Sin mostrarse, el del

F. B. I.

gritó:

—¡Animo, Gorry! Les hemos cogido entre dos fuegos.

La respuesta fue una descarga cerrada, que, atravesando las maderas de las paredes del almacén, hirió a uno de los policías.

Ladraron, una vez más, las pistolas y se hizo el silencio. Los miembros del

F. B. I.

parapetados en el interior de la amplia nave no disparaban por temor a herir a sus propios compañeros. Los «gangsters» no deseaban descubrirse y no replicaron. Sin duda deliberaban acerca de la posición a seguir. Por su parte, Douglas Crippen cambiaba impresiones en voz baja con el teniente.

—Debemos telefonar al cuartelillo más próximo.

—No es preciso. ¿Escucha?

El corazón del agente del «Federal Bureau of Investigation» palpitó acelerado. Las sirenas anunciaron que un vehículo de la Patrulla Móvil se aproximaba.

Minutos después, por los altavoces del automóvil policial, conminaban a rendirse a los forajidos. El silencio, de tan prolongado, inquietó a los defensores de la ley.

—Temo que se hayan escapado —comentó Crippen.

—Es imposible —opuso el teniente.

—De todas formas, he de comprobarlo. No vamos a aguardar a que el puesto se llene de descargadores y el asunto adquiera más publicidad de la necesaria.

Douglas subió al coche, poniéndole en marcha. Tumbado en el asiento del conductor, penetró en la nave, encendiendo los faros. Nadie hizo fuego.

Concibió la arriesgada idea de abandonar el vehículo por el lado opuesto adonde suponían se hallaban sus enemigos. Supuso, y no sin fundamento, que el inspector adivinaba su maniobra.

Para Crippen, que asimiló bien las enseñanzas de Quantico,

resultaba indudable que los «gangsters» o habían muerto o huyeron. Por su temperamento brutal, ninguno era capaz de permanecer inactivo por más tiempo, dando lugar a que sus rivales tomaran la iniciativa. No obstante, adoptó el máximo de precauciones y, sin incorporarse, hizo girar despacio el pestillo de la portezuela, saliendo del automóvil. Pese a sus precauciones, un chasquido metálico denunció la maniobra. Nadie disparó.

Convencido de que sus suposiciones eran ciertas, se puso en pie, encendiendo la linterna, al tiempo que gritaba:

—¡Se han ido! ¡No hay peligro!

El registro del barracón dio un trágico balance. Los forajidos huyeron levantando la tapa de uno de los sumideros que comunicaban con el alcantarillado, no sin dejarse cuatro hombres muertos. Gorry tuvo tres heridos.

Crippen, que de rodillas examinaba los cadáveres, indicó:

—Es el vigilante. Mire, inspector. Un tiro en el vientre y otro en la nuca. Le remataron sus compañeros, para que no hablara. Vamos al muelle.

No estaba Charles Peel entre los cadáveres.

—Magnífico trabajo, Douglas. ¿Cómo te las arreglaste?

El joven explicó a Gorry la treta empleada y su superior le felicitó.

—¡Bravo! Tu promoción puede sentirse orgullosa de ti.

En la embarcación encontraron drogas por valor de doscientos mil dólares, de las que se hicieron cargo los miembros de la Oficina de Narcóticos.

Conforme se trasladaban al edificio de la División de Nueva York, en uno de los coches de la patrulla, Crippen dijo:

—Paro en el Waldorf. He de ponerme el «*smoking*». Iré al «*cabaret*» como si nada hubiese sucedido.

—Me parece bien —asintió Gorry—. Cuídate, hijo. ¿Necesitas algo?

—Que me avise si capturan a George Powell. Quisiera hablar con él antes de que declarase.

—Lo haré. Tu consejo será bueno y quizá le salve de la «silla». ¿No es eso lo que pretendes?

Douglas asintió con el gesto, maravillado de la intuición del inspector. Sus camaradas de Washington le hablaron de él en

buenos términos, destacando una singularidad de su carácter. Jamás tuteaba a sus inferiores, a no ser como premio a su trabajo.

Mientras, ya en la habitación del hotel, se anudaba el lazo, sonrió, satisfecho. Le agradaba la carrera emprendida. Su espíritu pedía algo inquietante, que acallase la pena de su alma. ¡Taiping! Su imaginación, como tantas otras veces, voló a Malaca...

Se rehízo en un formidable esfuerzo. No debía dejarse abatir por los recuerdos...



CAPÍTULO IV



sola y... ERDONE. Creí que estaba

George Powell se detuvo en la entrada del gabinete, en el que Eva Mason, ataviada con un primoroso traje de noche, tomaba unos emparedados y un vaso de zumo de naranja.

—Pase. No se quede en la puerta. Me voy enseguida. Me contó el señor Murphy lo que le sucede. Cuento con mi discreción.

—Gracias, señorita...

—Eva Mason.

—Perdone no haberme presentado antes. Supuse que me conocía de referencias.

—Acertó, señor Powell. ¿Lleva cigarrillos? He de comprar en el «night-club».

El abogado tendió a la mujer una pitillera de plata, de la que ella tomó un «Philip Morris», encendiéndolo con un primoroso mechero que extrajo del bolso de mano. George hizo ademán de retirarse, pero Eva se lo impidió:

—Síntese. Si hemos de vivir bajo el mismo techo, debemos conocernos mejor. ¿No le parece?

—Desde luego. Mi situación es...

—Desagradable. No es necesario que lo afirme.

—Sin embargo, no quiero que me confunda. Pese a que una vez defendí a Murphy, consiguiendo su absolución, sé que sus negocios no son muy lícitos. Jamás he actuado contra la ley. No quiero ofender a su amigo. Ignoro si me comprenderá.

—Perfectamente. Ya que ha sido sincero conmigo, le diré que, en su caso, me hubiera entregado a las autoridades. Es una postura valiente, que los jueces estimarían.

—¿Me supone cobarde?

Powell se incorporó, con un gesto de dureza en el semblante.

—No me expliqué bien. Le será duro el aislamiento. ¿Qué le ocurre?

Eva Mason vio, con asombro, que su interlocutor daba media vuelta, alejándose. Se encogió de hombros. Quizá no debiera haberle hablado así, pero ya no tenía remedio.

Por el hecho de ser protegido de William le imaginó un truhan, amparado en el Código. Ahora se daba cuenta de lo temerario de su juicio. Se trataba de un hombre de honor.

El mayordomo le tenía preparado el «Nash» y en él se trasladó a Montague Street. Charles Peel, en su camerino, la aguardaba.

—Llegas tarde. Hace cinco minutos que debiste actuar.

—¡No te importa! ¡Márchate! He de cambiarme de ropa.

—Hazlo detrás del biombo. Quiero hablarte en nombre de Murphy.

—Que venga él. Estoy decidida a no escucharte.

El «gangster», airado, la cogió por el brazo.

—Me temo que tendré que darte una lección.

—¡Suelta!

La cantante sacó del bolso una pistola de pequeño calibre, encañonando con ella a Peel, que, sorprendido, se apartó unos pasos.

—Sentirás comportarte así.

—Sé bien lo que me hago. William nunca ha necesitado mensajeros, ni aun para enamorar a una perdida como Liliana. Puedes decírselo. ¡Fuera! Con tus antecedentes, no me será difícil probar que obré en legítima defensa.

Mascullando maldiciones, Charles abandonó el reducido cuarto de la artista, que, una vez sola, guardó la automática, poniéndose un traje rojo muy escotado.

Impaciente por comprobar si Douglas Crippen estaba en el «*cabaret*», alcanzó la pista por la puerta cercana a la orquesta. Hizo una seña al director, para que la anunciase, y miró al salón.

—No vendrá —dijo una voz burlona a su espalda—. Le da miedo.

Eva repuso a William, que sonreía, irónico:

—Te equivocas. Ese hombre no teme a tu cuadrilla de criminales. ¿Qué quería decirme Charles?

—Después del número hablaremos. Te aguardo en el camerino.

La muchacha interpretó una canción sentimental. Sin esperar a que los aplausos cesasen, impaciente, se dirigió a su cuarto, en el que la esperaba Murphy. ¿En qué asunto turbio intentaba envolverla aquel malvado?

—Aquí me tienes.

—Ya lo veo. Siéntate. Me molesta que me consideres como a un amigo. Pretendo hacerte mi esposa.

—No se consigue el cariño de una mujer con el chantaje. Debieras saberlo.

—Me gusta que me obedezcan. Aumentaré tu salario en un cien por cien. Necesito que frecuentes el trato de Crippen y nos informes de lo que puedas averiguar. Es un individuo peligroso. Parece que te agrada mi proposición.

—¿De qué hay que enterarse? No me gusta andar a ciegas. ¿Es cierto lo que he oído decir tantas veces, señor traficante en drogas?

—Sí. Hace una hora nos ha intervenido mercancía por valor de muchos miles de dólares, matando a siete hombres. Aún no sé cómo pudieron enterarse. Sin duda, un traidor.

—¿No sospechas de mí?

—No. Tú ignoras nuestros manejos. Por vez primera te hablo de ellos. ¿Qué respondes?

Eva Mason se recostó en el respaldo de la butaca, meditando unos segundos.

—Si me niego me amenazarás con denunciarme a la Policía, ¿no es así?

—Probablemente.

—Prefiero hacerlo de buen grado. ¿Encomendaste tan delicada cuestión a Charles? ¿También él conoce mi pasado?

—No. Él iba a decirte que te mandaba espiar a Douglas. Quería que reflexionaras antes. Conozco tu carácter impulsivo. Según su opinión, estás celosa de Liliana. Tú me rechazas y tomo la primera que se me presenta. Quizá pronto definamos nuestra posición.

—¿Por qué no lo haces ahora? Utiliza de nuevo el chantaje.

—Confío en que no será necesario. No te arrepentirás de prestarme ayuda. Te enriqueceré en un año. Dormiré con mi hijo en tu hotel de Central Park.

—Haz lo que se te antoje. No esperarás un resultado rápido. Crippen es astuto y necesitaré tiempo para ganarme su estimación.

—Dos sonrisas tuyas valen por un mes de trato; un beso por un año. Si te demoras, tal vez tengas que interrogar a un cadáver. Sabe demasiado. Reconoció a Peel en la refriega.

Salió, sin más palabras. Eva, pensativa, dejó transcurrir el tiempo. Douglas quedó en ir a verla al «*night-club*». Quizá el retraso obedeciese a que, comprobada moralmente la participación de Murphy en el contrabando de drogas, no quisiera tratos con ella.

Actuó dos veces más. Conforme transcurrían los minutos aumentaba su nerviosismo. Desde el tablado se dio cuenta de que los «gangsters» a las órdenes de William se hallaban distribuidos en las mesas. Murphy temía una intervención de los federales. ¿Y Douglas? ¿Por qué faltaba a su palabra?

Miró su reloj. Eran las doce de la noche. Ignoraba que en aquel momento el miembro del

F. B. I.,

con la última edición del «Herald» en la mano derecha, hacía sonar el timbre del que fue domicilio de George Powell.

Un criado le abrió.

—¿Qué desea?

—Ver a la señora.

—No son horas de visitas.

—No sea necio —enseñó la chapa al mayordomo, que no le franqueó el paso.

—Está agotada y no hace sino llorar.

—Soy íntimo amigo de su hijo y vengo a ayudarla. La consolará el verme. Dele mi tarjeta. El señor Powell y yo estuvimos una temporada con sus parientes de Filadelfia. Vamos, no me obligue a quitarle de en medio de un empujón.

Aguardó en el «*hall*» a que el mayordomo regresara, examinando, una vez más, la fotografía en la que la anciana se tapaba el rostro con las manos, para no ser fotografiada por los periodistas, ávidos de sensacionalismo. No era eso lo que le indignaba, sino la súplica que Marion Powell hizo a los reporteros:

«Por favor, no publiquen el retrato. No aumenten mi bochorno».

Todos, menos el del «*Herald*», accedieron a la petición, consignando tales palabras, para que nadie pudiera suponer un fracaso informativo. El sirviente interrumpió sus reflexiones:

—Sígame, por favor.

Cruzaron varias habitaciones, lujosamente amuebladas, penetrando en la biblioteca, que constaba de una librería repleta de volúmenes, una mesa de trabajo y un tresillo de cuero, en uno de cuyos butacones una mujer se esforzaba en mantenerse serena.

—Hola, Douglas. No te suponía en Nueva York.

—Afortunadamente, aquí estoy. Supe su llegada por la Prensa. Debió quedarse en Filadelfia.

—No. Lo ocurrido es demasiado terrible para que no venga a ayudar a George. ¡Quién sabe dónde estará!

—Tengo la certeza de que no abandonó la ciudad. El cerco de la Policía es completo.

Se acomodó junto a la anciana, arrastrando la otra butaca. Cariñosamente pretendió animarla.

—No se aflija por lo que no tiene remedio. A mí me sorprendió también lo ocurrido.

Hubo un breve silencio. Crippen sentía el dolor de Marion Powell en su corazón. Él no había conocido a su madre. La vida le negó la dicha de gozar del supremo de los amores. Oyó decir a la anciana, entre sollozos:

—Estará enloquecido. Es bueno y amaba a Ethel.

Douglas la tranquilizó, refiriéndole su encuentro en Montague

Street.

—Huye de la Ley. He de localizarle, para que, entregándose, el Jurado sea más benigno. Puede alegar arrebató. ¿Por qué la mataría?

—Yo tuve la culpa.

Crippen miró a Marion Powell sin dar crédito a lo que escuchaba. Conteniendo el impulso de preguntarle la causa de su extraordinaria revelación, con pulso no muy firme, encendió un cigarrillo. La pausa fue larga. La señora empezó:

—Hace dos semanas, Ethel me visitó en Filadelfia. Me alegré de verla. No se trataba de una muestra de afecto, sino de consultarme sobre un grave problema. El padre de Ethel fue capitán de la Marina Mercante y como tal, de soltero, recorrió los cinco continentes. Ni George ni yo llegamos a conocerlo, pues naufragó, a los tres años de su matrimonio, en el golfo de Méjico, perdiendo la vida. Su esposa no resistió el brusco choque y falleció meses después, dejando una niña de cinco años, que se crió con unos tíos residentes en Wilmington.

La mujer calló, sin duda para ordenar mejor sus ideas.

—Me detengo en estos detalles para que comprendas mejor mi posición. Ella comenzó los estudios superiores en la Universidad de Filadelfia y allí la conoció George, que por entonces terminaba su carrera de abogado. Ethel, con una gran predisposición para la pintura, dejó los libros. Tres años más tarde trabajaba en Nueva York como figurinista de las más importantes casas de modas. Se encontraron de nuevo, según afirmó George, para siempre. Por entonces estalló la guerra, y él se alistó voluntario en la Aviación.

—Es un magnífico piloto —interrumpió Crippen.

—Ganó varias competiciones aéreas de aficionados. Tú, que le conociste bien, sabes que no era un asesino.

—No lo he dudado ni un momento. Continúe.

—Poco falta ya. Ethel me habló de que su padre contrajo en su juventud una enfermedad incurable y transmisible por herencia. Se lo confesó a su prometida, que no tuvo inconveniente en casarse. La novia de mi hijo, pese a los tratamientos precoces, en el último análisis acusó la misma dolencia. Sufría mucho. Aún recuerdo sus palabras: «¿Cree que George me despreciará por eso?». «No —la respondí—. Se unirá a ti». «Pero él adora los bebés», insistió de

nuevo. «Ya lo sé. ¿Qué te ha dicho el médico?». Ella rompió a llorar. Esperé a que se calmara, comprendiendo su tragedia. Según el facultativo, sus descendientes nacerían con alguna tara física. No era seguro, pero sí muy probable. Ethel había consultado a los mejores especialistas e, incluso, compró libros sobre la materia. Vio fotografías de niños ciegos o tontos. ¿Su origen? La misma enfermedad que ella padecía. Intenté animarla. Fue en vano.

Crippen seguía atentamente el desconcertante relato.

—Estuvo dos días conmigo, obsesionada por dos ideas. Ethel llegó a temer que, una vez casados, la odiase si el pequeño no era sano y fuerte; Afirmó que intentarla alejarle de su vida. Quise disuadirla. Mis argumentos no la convencieron. Tal vez carecían de fuerza. ¡Tantas veces oí a George referirse a sus futuros hijos! Yo continué en Filadelfia, esperando de un momento a otro desagradables noticias, que no llegaban. Pensé que quizá Ethel se lo habría confesado todo. Me considero culpable de lo sucedido.

—¿Por qué? Hasta ahora no veo la razón.

—Es bien sencilla, Douglas. Debí ser yo la que le hablara a George y no su novia. Tal vez ella, para desilusionarle, le dijo que no le amaba e inventó una falsa historia, que provocó, la agresión. ¡Quién sabe qué le contaría! De haberle puesto en antecedentes, no la hubiese creído.

La anciana inclinó la cabeza con pesar. Crippen, comprendiendo sus escrúpulos, quiso aliviar su conciencia:

—No se torture en vano. Se comportó de la única forma posible. Era un asunto que a ellos les correspondía resolver. ¿No imagina dónde puede haberse escondido?

—Lo ignoro; mas, aunque lo supiera, no te lo diría. Me ha dicho el criado que le enseñaste una placa del

F. B. I.

Tienes la obligación de detenerle.

—Insisto en lo que afirmé antes. Haré que se entregue. ¡Sólo así puede librarse de la silla eléctrica!

Empleó a propio intento la frase cruel. Necesitaba marcharse convencido de que Marion Powell ignoraba el paradero de su hijo.

—¿Le matarán si le cogen?

—Me esforzaré en que no lo hagan. Le han declarado en rebeldía. Huir es confesar. Si sabe algo, telefonéeme al Waldorf

Astoria. Le pongo el número de mi habitación en la tarjeta. Ahora hágame caso y acuéstese. Debe procurar dormir, por si él la necesita. No ha de hablar de la enfermedad de Ethel a los periodistas, para que, en un raptó de desesperación, no haga una barbaridad. ¿Me lo promete?

—Haré lo que me dices.

Crippen la ayudó a levantarse, pulsando un timbre. El criado entró a los pocos segundos.

—Acompañe a la señora a su cuarto y adquiera un somnífero en cualquier farmacia de guardia.

Se marchó sin despedirse. No quería provocar una nueva explosión de dolor.

Ya en la calle, se dijo que Eva Mason le esperaba en el «*night-club*». Tenía que ir, para que sus enemigos no le creyeran un cobarde.

Detuvo un «taxi» y, durante el recorrido, maldijo su falta de tiempo para dedicarlo a la búsqueda de George Powell. El caso del contrabando de drogas y armas se complicaba por momentos.

Al entrar en el «*cabaret*» vio a Charles Peel, enfundado en un impecable «*smoking*». Acercóse, burlón:

—¿Qué tal desde la última vez?

—Yo, bien. ¿Y usted?

—Mejor todavía. Cuídese. El East River ha producido muchas pulmonías.

El «gangster», sin desconcertarse, barbotó:

—¡Déjeme en paz con sus acertijos!

Le volvió la espalda, con desprecio. Crippen se esforzó en dominar la ira que rebosaba en su corazón. En sus planes no entraba apresar a forajidos a sueldo, sino al que les mandaba: William Murphy. Precisaba pruebas para proceder contra él. Un camarero se aproximó:

—¿Quiere mesa el señor?

—Sí. Lo más cerca posible del escenario. Traiga champaña.

Le condujeron al lugar indicado, junto a la pista de baile. Eva Mason no le esperaba. ¿Le ocurría algo a la muchacha?

Su inquietud se disipó al verla aparecer. Notó preocupación en su semblante.

—Creí que no vendrías —le reprochó.

—Tuve que hacer. Siéntate. Te encuentro seria.

—En efecto.

El asombro del miembro del

F. B. I.

aumentó al ver que la mujer sacaba de una de sus mangas una pequeña navaja y maniobraba debajo de la mesa.

—¿Qué haces?

—Cortar el cable de un micrófono. He averiguado que las conversaciones son escuchadas en una central. Tal instalación es conocida por los «gangsters» de máxima confianza del «boss». Seguí a Charles. Pretenden matarte. Les estorbas.

—No es nueva la noticia, querida. ¿Una copa?

—Me hará bien. Bailemos. El salón está lleno de...

—Por favor, no me amargues la velada. Ya he visto «tipos» fichados. Tu mayordomo también lo está por falsificación de moneda. No pudo probársele gran cosa y pasó cinco años en presidio. ¿Lo ignorabas?

—Sí. Es servicial y correcto.

—No lo dudo; pero no acostumbro a equivocarme. Antes de obtener el despacho de agente, mis profesores me hicieron examinar los rostros de los individuos que aquel año habían obtenido la libertad, para que los pudiera reconocer. Naturalmente que sólo se trataba de los destacados y, posiblemente, peligrosos, no de los que, observando buena conducta en la penitenciaría, era casi seguro que iniciaran un camino de honradez. Cuando fui a tu casa, el rostro del criado me fue familiar. No tuve más que pedir su ficha. Se llama Pat Howland.

Eva no pudo disimular su admiración.

—Es magnifico.

—Forma parte de la fase práctica de aprendizaje. Como de algo tenemos que hablar hasta que podamos marcharnos, te diré que el

F. B. I.

dispone de los más modernos métodos de investigación, desde el aparato de rayos X hasta el de luz oblicua, que descifra mensajes de tinta invisible por la presión de la pluma en el papel. El espectógrafo analiza partículas de inverosímil pequeñez, descomponiendo su contenido por materias. Podemos decir si una mota de polvo ha estado sobre un guante de lana o sobre un cable

de cobre. ¿Te aburro?

—Continúa. Es interesante.

—Nuestros laboratorios son los mejores del mundo. Un pequeño trozo de tela nos dirá hasta el nombre del fabricante del tejido. Hay muestras de toda clase de venenos, estudiándose sus reacciones en los distintos órganos. Poseemos un metalógrafo, de rara perfección, que descubre la resistencia de los metales, denunciando hasta la más mínima fisura. En nuestros archivos, de Seguridad Nacional, se clasifican más de setenta y seis millones de huellas dactilares, cerca de cinco mil muestras de pintura de automóvil, de máquinas de escribir, de neumáticos, a más de claves y símbolos de los principales servicios de espionaje del mundo. Nadie puede escapar a los federales.

—No lo dudo. ¿Por qué me dices eso?

—Para que abandones el trabajo en este «*night-club*» antes de que se te complique en delitos gravísimos. Te... estimo más de lo que te supones y me dolería verte respondiendo a las preguntas de un fiscal.

—Imposible. Mi contrato finaliza dentro de tres meses. Además...

—¿Qué?

—Nada. No puedo seguir tu consejo. Por favor, no insistas.

Se puso en pie, visiblemente excitada.

—No creí haberte enojado.

—Son los nervios. He de actuar. Terminado el número nos iremos.

Se alejó, para interpretar el último número de aquella noche. Estuvo maravillosa. Su voz temblaba al referir la angustia de la esposa por el bien del que amaba. Una salva de aplausos premió su trabajo.

—Vamos, Douglas. Este ambiente me ahoga.

Se disponían a abandonar el establecimiento de recreo, cuando Peel, interceptándoles el paso, dijo:

—El señor Murphy desea verles en su despacho. A usted, Crippen, se lo ruega; a la «señorita» —matizó la palabra—, se lo ordena.

—Yo no... —comenzó Eva.

Douglas, interrumpiéndola, cortó su protesta:

—Le saludaremos, aunque es un modo como otro cualquiera de perder el tiempo.

Entraron por una puerta próxima al guardarropa y, atravesando un pasillo, llegaron al gabinete de trabajo del dueño del «*cabaret*». Éste, en pie, les saludó con una sonrisa.

—Siéntense, por favor. ¿Un combinado?

—No, gracias —replicó Crippen, con sequedad—. ¿Qué es lo que desea?

Se acomodó con Eva en el diván del tresillo. Sacó su pitillera y, sin ofrecer a Murphy, encendió a la vez dos cigarros, uno de los cuales puso en la boca de la cantante. William, que había observado la maniobra, se mordisqueó levemente el labio inferior.

—Mi invitación es, principalmente, cortés. Nada importante he de comunicarles, salvo que...

Se detuvo, como dudando si seguir. Crippen le miraba sin pestañear y Eva, más tranquila, fumaba, ajena, al parecer, al diálogo entre los dos hombres. El «boss» continuó:

—Uno de mis «amigos» le ha visto entrar en casa de Powell, el asesino de Ethel Smith. He hecho las oportunas investigaciones, averiguando su personal e íntima amistad con el abogado. Tengo confidentes en la Metropolitana. Cinco minutos después de que usted se marchara interrogaron a la señora. Su deseo es capturar a George para hacer más benigna la condena. ¿Es incierto?

—No. Le escucho.

—Voy a proponerle algo... excepcional. Conozco; mejor dicho, mis... «servidores», a los fuera de la ley que campan en Nueva York.

—Me lo indicó Charles Peel. No me interesa.

—Tal vez si le entrego vivo a Powell cambiaría de opinión respecto a mí. No puedo prometérselo, porque habría de buscarle; pero tengo la seguridad que, si usted cumpliera su palabra, yo...

De nuevo la frase quedó incompleta. Sin perder el dominio de sí, Crippen apremió:

—Más claro aún, señor Murphy: ¿conoce su paradero?

—Me bastará proponérmelo. Si está en Nueva York, le encontraré. Nadie puede obligarme a ello, ni aun la ley. Eso a cambio de que se olvide de que existo.

La reacción de Douglas, por lo inesperada, sorprendió a William. El del

F. B. I.

se puso en pie, preguntando, fríamente:

—¿Nada más? Vamos, Eva. Como sospechaba, hemos perdido el tiempo.

—Ella se quedará. Puede esperarla fuera. He de darle instrucciones sobre próximos programas. En el comercio, señor Crippen, hemos de renovarnos constantemente, para luchar contra nuestros competidores.

—Bien. En el vestíbulo aguardo.

Salió sin prisa, dando ostensiblemente la espalda a Murphy. ¿Confidentes en la Metropolitana? ¿Era posible que alguien le hubiese seguido sin que él se diera cuenta?

Compró una ficha y entró en la cabina del teléfono público del establecimiento, marcando el número de la residencia del abogado. Un hombre se puso al aparato.

—¿Quién es?

—Soy Crippen, del

F. B. I.

Estuve hablando con la señora Powell alrededor de las doce. Me marché inquieto. ¿Sabe usted si tuvo alguna visita después de marcharme yo? Gracias. Celebro que no fuera preciso el somnífero.

Colgó, seguro de que Murphy no obtuvo los informes de su amistad con George por medio de su madre. ¡Una sospecha cruzó, como un relámpago, por su cerebro! Y ¿por qué no el propio interesado? Tenía la certeza de que su conversación fue escuchada por los miembros del «gang», los que, en su perfecta organización, controlaban cuanto se pudiera decir en el interior del local. El sistema de micrófonos que Eva le denunciara era sorprendente y una derivación telefónica sencilla. Dos pruebas para procesar al dueño del «*cabaret*», pero ninguna de ellas relativa al doble contrabando de armas y drogas.

Paseó, en apariencia, despreocupado. No ignoraba que hallábase al borde de la muerte, a la busca de dos rastros. El de Powell le perdió al permitirle marchar de su lado la noche del asesinato. El que le trajo desde Washington era débil por falta de datos.

¿Qué relaciones podrían ser las de Powell y Murphy? Se dispuso a averiguarlo a la primera oportunidad.

Su soliloquio mental fue interrumpido por la presencia de Eva

Mason, que sonreía.

—Vamos, Crippen. Estoy cansada.

Ya en el «Nash» que había de conducirles a Central Park, Douglas inquirió:

—¿No te importaría invitarme a una taza de té? Quiero borrar en ti la mala impresión que te produjo la primera noche.

—Es cosa olvidada. Iba a proponértelo. ¿No te intriga lo que William haya podido decirme?

—No. Son asuntos vuestros.

Dolida por la indiferencia de Crippen, la muchacha guardó hosco silencio. El agente del «Federal Bureau of Investigation» llevaba el coche a velocidad vertiginosa, no tardando en alcanzar el hotel de Central Park. Hizo sonar el «claxon» y, minutos después, la verja se abría.

En el confortable saloncito, Douglas preguntó:

—¿No vas a ponerte cómoda? ¿Qué te ocurre? Estás muy pálida.

En el techo escuchábase el mismo ruido de pasos que la vez anterior.

—Un leve mareo.

—¡No mientas, Eva! Voy a averiguarlo.

Una sospecha había cruzado por su cerebro. ¿No tendría allí escondido Murphy a George Powell?

Subió de dos en dos los escalones que le separaban del piso superior, desembocando en un «*hall*», del que pasó a un despacho, en el que un joven para él desconocido, caminaba de un lado a otro de la estancia con gesto airado. Al sentirle se volvió, increpándole:

—¿Qué es lo que quiere? ¡Fuera de aquí!

—Perdone —se disculpó, confuso, Douglas—. Vi a la señorita Mason tan excitada que supuse serían ladrones.

—Se equivocó. Hiciste mal en ocultarle mi presencia, Eva.

La aludida, que entraba en ese momento, repuso:

—No tengo que dar explicaciones de lo que sucede en mi casa, Bill —se encaró con Crippen—: Es el hijo de William. Le he invitado a pasar unos días, para ver si se alivia de una fuerte depresión nerviosa producida por el exceso de estudio.

—Celebraré que mejore. Buenas noches.

Descendió sin prisas. En la puerta de entrada dio un suspiro. Estaba de Dios que en cada visita a la cantante se comportara como

una calamidad. Hizo girar el pestillo.

—¿Dónde vas, Douglas?

—A librarte de mi molesta presencia. Creí encontrar a...

—Powell, ¿no?

—Exactamente. Lo mejor será que, como la otra vez, nos separemos.

—No es preciso. Nos han servido el té. Celebro la lección que acabas de recibir. Te enseñaré a no desconfiar de mí.

La muchacha, volublemente, charló de temas variados, mientras degustaba la infusión. Crippen, pensativo, respondía con monosílabos. No pudiendo fingir más, inquirió:

—¿Cuál es tu juego, Eva? ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Nosotros lo haremos por ella —dijo alguien detrás de él.

Intuyendo el peligro, Crippen miró a la puerta sin manifestar sobresalto. Un mulato le apuntaba con un revólver de grueso calibre. Acompañábanle tres individuos más, mezclados de dos sangres. La mujer grifó, asustada. Douglas la tranquilizó:

—No te preocupes. Son buenos amigos. Nacieron en Puerto Rico y colaboran en el contrabando de armas, para fomentar la rebelión en su país. ¿Me equivoco?

—No. Nuestros hermanos, para huir de la más atroz de las miserias, aceptan contratos de trabajo en Nueva York, superiores en salario. Realizan el viaje en situaciones difícilísimas, en unos aviones denominados «ataúdes volantes», que cargan el doble de su capacidad. A veces, los transportes caen al Caribe, y docenas de hombres perecen ahogados o en las mandíbulas de los tiburones. Los que consiguen llegar a la metrópoli se enfrentan con un nivel de vida cien veces más elevado que el de la isla, y con unos empleos que apenas si les dan para arrastrar una existencia miserable. En ocasiones, los agentes de la Compañía aérea, por ganar una comisión, engañan a nuestros compatriotas, ofreciéndoles un trabajo falso. Tarde se enteran de la verdad.

El mulato calló unos segundos. Las aletas de su nariz temblaban de excitación. Crippen le había llevado al terreno que deseaba para, aprovechando un descuido, librarse de la muerte.

—Creo que exagera.

—Por desgracia no es así. En el Harlem mueren diariamente cientos de tuberculosos. Los que abandonaron la pobreza de Puerto

Rico sufren aquí otra mayor, agudizada por el contraste del lujo de una gran ciudad que abandona a sus hijos a la desesperación. Los nacionalistas pretendemos ser dueños de nuestra tierra para forjar un futuro feliz. Washington desconoce el problema angustioso de los que padecen hambre y frío. ¡Levántese! Me repugna el asesinato, pero es preciso. La causa que defendemos nos obliga a suprimirle.

Crippen se incorporó. Cuatro revólveres le encañonaban. La menor señal de resistencia equivalía a una sentencia de muerte segura.

—La opinión pública dirá que los nacionalistas son unos criminales.

—Es preferible a que nos tilden de cobardes. ¡Vamos!

Douglas sonrió, irónico:

—Permítanme decir unas palabras a esta señorita que finge tan maravillosamente. Te doy mi enhorabuena.

—¡No pienses eso, Crippen! ¡No te he vendido! ¡Te quiero desde el primer día que te vi! Ahora no me importa que lo sepas.

Eva Mason, que había presenciado con espanto la escena, se puso en pie, intentando acercarse al agente del

F. B. I.

Uno de los mulatos se lo impidió, retorciéndola el brazo derecho a la espalda.

—¡Quieta! Se escudaría en su cuerpo, friéndonos a tiros.

Desarmaron a Douglas, que se consideró perdido. Oyó gritar a la cantante, presa de un ataque de histerismo:

—¡Yo no fui!... ¡Yo no fui!

El portorriqueño que la sujetaba la abofeteó, haciéndola recuperar el dominio de sus nervios.

—¡Calla, maldita!

La empujó brutalmente, derribándola. Desde el suelo, Eva miró, angustiada, a Crippen.

—¿Me crees, Douglas?

—Sí, querida —miró al mulato que parecía mandar al grupo—: Supongo que no os importará retrasar unos instantes la ejecución.

Sin aguardar respuesta afirmativa, se inclinó sobre la mujer, besándola en los ojos.

—Morir no es tan amargo sabiendo que me quieres y que me recordarás. Adiós, Eva.

Se apartó de ella, mirando fríamente a los que le aguardaban.

—Mis compañeros me vengarán.

—No será necesario —ordenó alguien desde la puerta—. ¡Suelten todas las armas!

Se oyó, clarísimo, el ruido de una bala al pasar a la recámara de una automática. Los nacionalistas dejaron caer las pistolas, mientras Crippen, repuesto de la sorpresa producida por la personalidad de su salvador, recuperaba su pistola.

—Entra, Powell. ¿Cómo fuiste tan oportuno?

—Acosado —mintió George—, me escondí en el garaje del hotel. Vi entrar a estos mulatos y adiviné que nada bueno iba a ocurrirles a los moradores de la casa. No pude permanecer inactivo, aunque me lo aconsejaba la prudencia. ¿Qué haces?

Douglas había golpeado en la cabeza a los dos hombres más cercanos, derribándoles sin sentido.

—Inmovilizarles, para evitar que nos den un disgusto. Vosotros, ¡poneos de espalda!

Poco después, tranquilos con respecto a una posible traición, los dos amigos se abrazaban, ante el asombro de Eva Mason.

—Celebro haberte encontrado, George. ¡Entrégate a la Policía! Hay muchas eximentes que te librarán de la silla eléctrica.

—Pero no del presidio. No, Douglas. Es inútil. Intentaré burlar a la Ley hasta que se olviden de mí. Luego huiré al extranjero. ¿Por qué querían asesinarte?

Crippen enfundó el revólver. No quería que su amigo supusiera que iba a proceder contra él por la violencia.

—Soy del

F. B. I.,

de la última promoción. Pretendo esclarecer un asunto de contrabando y estorbo a determinada persona. ¿Qué te ocurre?

—¡Tú, un policía!

—Para ti, un amigo.

—Tienes la obligación de detenerme, a no ser que faltes a tu deber. ¡Te evitaré el terrible dilema de ser traidor a lo que juraste o apresar al que te ha salvado ya por dos veces la vida!

Encañonó a Crippen con su automática.

—¡No seas loco, George!

—Conozco bien a mi comandante. ¡Ahora me explicó tu consejo!

Si me entrego te evitaré el dolor de encarcelarme. No sucederá ni una cosa ni otra. Adiós, Douglas. Prefiero que me cacen a tiros en el Harlem a pasar mi vida en una penitenciaría, si es que no me ajustician. Las balas son más piadosas que los hombres.

Sin perder de vista a Crippen, retrocedió.

—¡Escúchame! Ethel...

—¡No me hables de ella! —conminó el abogado, fuera de sí—.

No te muevas. No vacilaré en disparar. Defiendo mi libertad.

Salió de la habitación, y segundos después, se oyó el pestillo de la puerta que comunicaba con el jardín. Crippen intentó seguirle. Eva se lo impidió.

—Déjale que huya.

Douglas inclinó la cabeza con pesar. Una vez más perdía el rastro de su amigo entrañable. Evocó a la anciana madre de Powell...

Desde el vestíbulo estableció comunicación con el inspector Gorry, del

F. B. I.,

informándole de la detención de los nacionalistas. Omitió la presencia de George. Era un asunto del que le hablaría personalmente.

Volvió al gabinete, recogiendo las pistolas de los mulatos, que continuaban sin sentido. Depositó los revólveres en uno de los butacones y miró a la mujer:

—¿Es cierto que me amas? ¿No fue todo fruto de las circunstancias?

—No, querido. No debí haberlo dicho, pero la idea de que no te volvería a ver me enloqueció. Perdóname. No soy digna de ti.

—Lo serás cuando abandones el mundo de intrigas en que vives.

Se besaron apasionadamente, poniendo en la caricia infinita ternura.

Reclinados en el diván, dejaron transcurrir los minutos. De vez en vez, Crippen miraba a sus prisioneros. Pendiente de su vigilancia y gozando de la hermosa realidad de un amor recién nacido, no vio que, tras una cortina, unos ojos airados parecían taladrarle. En la mano derecha de Bill Murphy había una pistola, que el muchacho fue alzando despacio, cual si se complaciera en el nefando delito que iba a cometer. La muerte acechaba de nuevo al bravo miembro

del «Federal Bureau of Investigación».

En su despacho del «*night-club*» de Montague Street, William Murphy daba órdenes a Charles Peel:

—Mañana, a la noche, a las dos de la madrugada, partirán de la isla Ciney los hidroaviones con rumbo a Puerto Rico. Es preciso que te entrevistes con los pilotos y les entregues la cantidad estipulada. Una vez que la acepten, dejarán amarados los aparatos y, para evitar una posible traición, te ayudarán al transporte de las mercancías en los «ferryboats».

—¿Han pagado ya los nacionalistas?

—Sí. Tengo deseos de liquidar de una vez y para siempre lo de las armas. El

F. B. I.

terminará cazándonos.

—Es posible, pero antes habremos enviado los últimos fardos. La muerte de Crippen será comunicada mañana. Hasta que los agentes que designen se impongan en la labor a realizar, nos concederán un margen de días para quitarnos de en medio. ¿No es así, jefe?

—Ésa es mi intención. Haz lo que te he dicho. No debemos perder tiempo.

Charles Peel se incorporó. Conforme abandonaba el «*cabaret*», en sus labios había una sonrisa demoníaca. Crippen yacería en el fondo de la laguna del Central Park...

CAPÍTULO V



SIEMPRE ignoraría Douglas que la oportuna llegada de John Gorry, acompañado de tres agentes de la División de Nueva York, acababa de salvarle de un balazo en la nuca. Bill Murphy, al sentir a los representantes de la Ley, retrocedió hasta alcanzar la escalera que conducía a los pisos superiores. Las piernas le temblaban. ¡Eva amaba a otro hombre! Tal idea, obsesionándole, amenazaba enloquecerle. Avisaría a su padre.

Conforme se retiraba, escuchó el saludo cordial del hombre que le había arrebatado la primera ilusión de su vida y al que estuvo a punto de matar.

—Hola, inspector. ¿Qué le parece el espectáculo?

—Estupendo. ¿Cómo te las pudiste arreglar solo? Supongo que

no te ayudaría la señorita.

—Ya le explicaré. Lo importante, a mi parecer, es asegurarse de que no escapan. Un interrogatorio concienzudo quizá nos aclare muchas cosas. ¿Trajeron dos automóviles?

—Mejor que eso. Uno y un coche celular. Vamos, muchachos. Confiemos en que no pesen demasiado.

Invirtieron quince minutos en trasladar a los nacionalistas al vehículo oficial, conducido por un chofer de uniforme.

—¿Nos acompañas, Douglas?

—Sí. Espérenme fuera. ¿No le importa?

—De ningún modo. Yo, en tu caso, hubiera hecho idéntica petición.

Con una sonrisa paternal dejó solos a los dos jóvenes que se miraron.

—No te expongamos, Douglas.

—Procuraré cuidarme. ¿Por qué no vienes con nosotros y te hospedas en cualquier hotel, ignorado de William?

—Sería desleal. Te prometo rescindir mi contrato lo antes posible y alejarme de su influencia. Nada puede hacer contra mí porque en nada intervengo. Además... dice que me ama. Si es cierto, me protegerá. No hablemos de eso. Pensemos en nosotros. ¿Te queda duda respecto a mi lealtad? ¡Si vieras qué cruelmente se clavaron en mi corazón tus palabras! ¡Cómo es posible que llegases a sospechar de mí!

—¡Qué se yo! Estaba todo tan bien preparado... No les sentí.

—Tampoco a tus compañeros. Si no se echa la llave por dentro basta girar el pestillo para penetrar en el hotel. No vuelvas al «cabaret». Telefonéame diciéndome dónde he de ir a verte.

Crippen no pudo evitar que su semblante se ensanchase en un gesto de satisfacción.

—No, querida. Allí estoy más seguro, pese a los micrófonos. Posiblemente no nos veremos hasta mañana a la noche.

Sus labios se unieron en un prolongado beso. Fuera, sonó el «claxon» de un automóvil.

—Adiós, Eva. Te telefonearé por la tarde.

Salió al jardín, caminando apresurado.

—A sus órdenes, inspector.

Arrancó el coche celular e, inmediatamente detrás, el «Dodge»

que llevaba a los miembros del
F. B. I.

El tráfico era casi nulo. Crippen iba satisfecho por la captura de los nacionalistas. Forzosamente tendrían que decir los nombres de sus jefes inmediatos. En cadena, llegarían, con pruebas, a la cabeza de la organización. Un único pesar le dominaba: George Powell.

Los vehículos policiales corrían a gran velocidad por la Quinta Avenida. A la altura de la calle Treinta y Nueve un enorme camión, que avanzaba delante de ellos, hizo un zigzag extraño. Los conductores hubieron de frenar para no precipitarse sobre él.

—Ha debido pinchársele una rueda —dijo un agente del
F. B. I.

Los acontecimientos se precipitaron de forma vertiginosa, sorprendiendo a los federales. Del camión saltó un grupo de hombres provistos de ametralladoras «Thompson», que vomitaron mortíferas ráfagas contra el automóvil, alcanzando al chofer en pleno pecho.

John Gorry fue el primero en repeler la agresión, pero la lluvia de balas que acribillaban la carrocería, le hicieron tumbarse en el interior del vehículo. Sus compañeros le imitaron.

—¡Salgamos de esta ratonera!

Sólo pudo hacerlo, con el inspector y Crippen, un agente. El que iba en el asiento inmediato al conductor se desangraba junto a su camarada.

Los proyectiles silbaban estremecedoramente, confundiéndose con el ruido de las detonaciones. John Gorry asomó la cabeza por una de las aletas delanteras y se desplomó. Douglas le arrastró, comprobando con alivio que la bala le había rozado la sien. Era suicida intentar enfrentarse con los atacantes que, en número superior y con ametralladoras, se complacían en perforar el «Dodge».

Desde donde se hallaba, Crippen escuchó un motor que se ponía en marcha. Respiró. El coche celular había conseguido rodear el transporte y perdíase a lo lejos camino, sin duda, de la Jefatura.

Se mantuvo a la expectativa. Cientos de balas surcaban el aire. Por fortuna, estaban protegidos en la rueda trasera, y los «gangsters» concentraban su fuego al interior del coche. No les vieron salir debido a efectuar la maniobra en el lado opuesto al de

sus agresores.

De pronto se hizo el silencio. El camión se alejaba.

Rápidamente, Crippen metió al inspector en el automóvil, ocupando el puesto del chofer. Deseaba perseguir a los que les atacaron. El «Dodge» no funcionaba. Lanzó una maldición.

—No te impacientes, Douglas. Ya se acercan los de la Patrulla. ¿Qué fue de los prisioneros?

Gorry había recobrado el conocimiento.

—Estarán en el Distrito. El conductor pudo sortear el obstáculo.

—Menos mal. ¿Quién les avisarla?

—Tal vez la muchacha —sugirió roncamente Crippen.

—No —negó el inspector—. No tuvo tiempo. Sin duda había alguien más en la casa. ¿Qué te ocurre?

—¡Necio de mí! En el piso primero habita el hijo de William Murphy.

Un coche de la Metropolitana frenó al lado de los del F. B. I.

Uno de los que llegaban comentó al ver los muertos y los numerosos orificios de la carrocería del «Dodge»:

—Han librado una verdadera batalla. ¿Quiénes les atacaron?

—Eso quisiéramos saber —repuso, sarcástico, Gorry, mostrando su placa—. Llévennos, por favor, a la División del Federal Bureau of Investigation. Que sus hombres se ocupen de los trámites.

—Sí, inspector.

El sargento dio unas órdenes, y minutos después, el automóvil se dirigía a Center Street.

Sorprendiéndoles no hallar en la puerta el vehículo celular y preguntaron por él al que montaba la guardia. La respuesta les intranquilizó:

—Aún no ha regresado.

Gorry miró a Douglas. Sin palabras, los dos hombres se entendieron.

Seguidos del superviviente miembro del F. B. I.,

alcanzaron el despacho del inspector, quien, por teléfono, comunicó con el domicilio del comisario jefe de la Metropolitana.

—No he querido actuar sin su consentimiento. Lamento despertarle. Hay que detener a esos nacionalistas. Bien, lo haré en

su nombre.

Comunicó con los distintos distritos de Policía, quienes, a su vez, por radio, ordenaron a los de la patrulla la captura del coche policial.

Quince minutos más tarde les informaron haber encontrado el vehículo con la cerradura posterior saltada. El chofer y su ayudante estaban muertos.

—Igual que al principio —comentó Gorry—. Esos hombres son muy astutos.

—¿Por qué no detenemos al hijo de Murphy? —sugirió el agente.

—Quedaría en libertad bajo fianza a las veinticuatro horas —opuso Crippen—. Nos faltan pruebas.

—Es posible que no, Douglas. Hay una derivación del teléfono de esa casa y las conversaciones son registradas en cinta magnetofónica. Voy a pedirla.

Ocultando con su cuerpo el aparato, Gorry marcó un número. Pronunció una frase convenida para evitar traiciones.

—«Lincoln fue un gran hombre». Envíeme lo impresionado hoy. Gracias —colgó, ordenando al agente—: Busque un magnetófono y tráigalo.

Una vez solos, Douglas inquirió:

—¿Con quién ha hablado?

—No debo decírselo aún. No es falta de confianza, es... ¡Ya se lo explicaré! Lo tengo prohibido. Tomemos un sorbo de «*whisky*». Lo necesitamos.

Sacó una botella y vasos de uno de los armarios. Mojó su pañuelo de pecho en el licor, frotándose el rasguño de bala que estuvo a punto de matarle.

—Un centímetro más a la derecha y hubiera corrido un puesto el escalafón.

Bebieron en silencio, entregados a sus ideas. La puerta se abrió, entrando el agente con lo pedido.

—Aquí está, inspector.

—Bien, Lewis. Sírvese. No tendremos que esperar mucho.

No habían transcurrido diez minutos, cuando un hombre entró llevando en su mano derecha una paloma en una de cuyas patas, sujeta a una abrazadera metálica, había un pequeño envoltorio que

Gorry tomó.

—Que regrese a su punto de destino.

—Así lo haré.

Con dedos ágiles, el inspector manipuló en el paquete, dejando al descubierto una cinta magnetofónica que puso en el aparato. Durante dos minutos escucharon la voz de Eva Mason comunicando con sus proveedores para que le sirvieran alimentos y un cartón de tabaco rubio.

Los del

F. B. I.

se miraron, asaltados de nuevo por una misma idea. Crippen sugirió:

—Hay comida para dos personas. Tal vez...

Calló. Se oía ahora, metalizada, la voz del hijo del dueño del «nighth-club» de Montague Street.

«Papá, han cazado a cuatro nacionalistas. Powell les hizo fracasar cuando se llevaban a ese del

F. B. I.,

que corteja a Eva».

Hubo una breve pausa. Las pulsaciones de los agentes se aceleraron. ¡Aquella bien podía ser la prueba para encarcelar a William!

«Acuéstate. No debes beber demasiado. Ignoro de qué me hablas. ¿Fuiste a ver alguna película policíaca?».

«Escúchame. Han traído un coche celular. Te avisé porque creía que...».

«Gracias por tu buen deseo, Nada tenga que ver en eso. Insisto en que descanses y no abuses del “*whisky*”. Hasta mañana».

John Gorry bajó la clavija, parando el magnetofón.

—Muy listo —comentó—. Ese hombre teme que hayamos controlado la línea. Es indudable que, por su hijo, tenía conocimiento de la captura de los mulatos. No le fue difícil suponer que les llevaríamos a Center Street. Imaginó el itinerario, esperándonos en una calle por donde era forzoso pasar. Lo demás ya lo conocemos. Dos hombres muertos y los asesinos en libertad. ¿Qué sugiere, Douglas?

—Esperar a que amanezca. Le aseguro, inspector, que Murphy caerá.

—Sea. Me quedaré en el despacho. No podré dormir hasta que no venga a nuestros compañeros.

Crippen abandonó el gabinete de trabajo y ya en plena calle detuvo un «taxi», ordenando al chofer:

—A la redacción del «Herald».

El vehículo, del servicio nocturno, avanzó rápido por las desiertas calles de la Metrópoli. El agente del Federal Bureau of Investigation reflexionaba acerca de lo que prometió a su jefe: detener en breve a William. Necesitaba comprobar antes determinados extremos.

—Ya estamos, señor. ¿He de esperarle?

—No, gracias. Tenga.

Pagó el importe del viaje y penetró en el portalón de la casa, en el que había una camioneta esperando los primeros ejemplares de la edición de la mañana, a fin de conducirlos a sus puntos de destino. Tal procedimiento se usaba con las ciudades próximas a Nueva York. Para sitios alejados, la empresa disponía de un excelente servicio de aviones.

El portero, medio adormilado, le vio pasar sin preguntarle a quién deseaba ver. Crippen siguió las indicaciones de una flecha que marcaba el camino de la redacción, ascendiendo al piso segundo. Le orientó el ruido de las máquinas de escribir.

Con gesto indiferente, penetró en una gran habitación ocupada por más de veinte personas, casi todas del sexo masculino. El redactor jefe, que trabajaba en una mesa del fondo, se levantó al reconocerle:

—Pasa, Douglas.

—Hola, Polt.

Los dos hombres se conocían de haber intervenido juntos en un caso de asesinato. El periodista guardaba buen recuerdo del agente del

F. B. I.,

que no vaciló en darle toda clase de facilidades para la obtención de las informaciones.

—Siéntate. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Busco a un fotógrafo vuestro, al que hizo el reportaje de Marion Powell. ¿Está?

—Sí. Habrás de esperar. Ha ido a la imprenta a ajustar su plano.

Dentro de quince minutos vamos a cerrar.

Leyó el epígrafe de dos cuartillas mecanografiadas que le entregaba un individuo en mangas de camisa.

—Gracias, Webb. Será una información sensacional. En lugar de «Gangsters en acción» pondremos otro título más sugestivo —miró a Crippen, que encendía un cigarrillo—. Disculpa, Douglas, pero es mi obligación atraer la atención de los lectores —con un lápiz encarnado escribió unas líneas, leyendo—: «El

F. B. I.,

derrotado». Los demás epígrafes van bien.

Oprimió un botón, y haciendo un rollo con los papeles, los introdujo en un cilindro metálico, que arrojó por un tubo que comunicaba directamente con la mesa del regente. Volvió al miembro de la Policía federal, esperando descubrir disgusto en su rostro. Se equivocó. Crippen le dijo:

—No voy a ofenderme por eso. Considero precipitado tu juicio. Supongo que esa información tratará del robo de un coche celular y de la muerte de algunos de mis compañeros.

—Exacto.

—Mañana te obligaré a desmentirte. A nosotros no se nos derrota, se nos burla una vez. Al final siempre vencemos. ¿Quién es ese que entra?

—El repórter al que buscas. Creí que le conocías.

—No. Él sí que me va a conocer. Dile que se acerque.

Intrigado, el redactor jefe obedeció. Fue a presentar al agente del

F. B. I.,

mas éste le contuvo.

—No, Polt. Es un asunto particular —ostensiblemente depositó la chaqueta y el carnet oficial sobre la mesa, así como el revólver que extrajo de la funda sobaquera. Luego, encarándose con el periodista, le examinó con desprecio—. Celebro que sea joven. Me hubiese molestado pegar a un viejo. Somos dos hombres frente a frente. De lo que en adelante suceda, ni el periódico ni el departamento serán responsables.

—No le comprendo.

—Es bien fácil. Quiero, como si se tratase de mi madre, a Marion Powell. Sólo un cobarde no accede a las súplicas de una

anciana vencida por el dolor.

—El interés periodístico...

—Póngase en guardia. Vengo a darle una lección. No te preocupes, Polt. No armaremos ruido.

Con intención de ofenderle, cruzó el rostro del fotógrafo de una sonora bofetada. El agredido dio un paso atrás, enrojeciendo. Crispó los puños, abalanzándose contra Crippen, que esquivó la acometida, propinándole un feroz puñetazo en el hígado. El redactor se inclinó de dolor, recibiendo un limpio «uppercut» que le derribó sin sentido.

—Asunto liquidado —comentó, mientras, parsimonioso, se guardaba el revólver y su documentación de miembro del

F. B. I.

—No lo creas —opuso el redactor jefe—. Tengo el deber de velar por la integridad de los que trabajan a mis órdenes. Formularé una enérgica protesta.

—Haz lo que se te antoje, aunque piensa una cosa: las madres no son responsables de los delitos de los hijos, y es de caridad evitarlas ese sufrimiento y escándalo. Mejores fotógrafos que el tuyo tuvieren corazón para no pisotear las canas de una vieja que llora. Pudo tratarse de tu madre o de la de cualquiera que nos escucha. Adiós.

Sin esperar respuesta, salió de la sala de redacción, en la que reinó el silencio. Una mujer, encargada de la sección de modas, expuso en alta voz su criterio:

—Hizo bien en pegarle. Yo hubiese hecho lo mismo.

Polt sonrió, sin responder. Íntimamente aplaudía el proceder de Crippen y no pensaba denunciar el hecho. Él no pudo negarse a la publicación del retrato para no atraer las iras del consejo director del periódico. Sin embargo, desaprobaba la conducta del que aún permanecía sin sentido.

—Reanímenle. No ha ocurrido nada. Usted, Eric, ocúpese de que las tejas entren pronto en la rotativa. Tú, Mortimer...

Continuó dando órdenes para que no se retrasase la primera edición del «Heraldo».

En la calle, Douglas Crippen se afanaba en unir los cabos sueltos de sus sospechas. Pronto amanecería.

Ya en su habitación del Waldorf Astoria, no se desnudó, tendiéndose vestido en la cama. Puso el despertador a las nueve.

Necesitaba descansar.

Le pareció que acababa de dormirse cuando el timbre repiqueteó en sus oídos. Con un formidable esfuerzo se levantó, hundiendo la cabeza en el agua fría del lavabo. Se frotó fuertemente los ojos, arreglándose el nudo de la corbata. La guerra fue para él una magnífica escuela. ¡Tantas noches estuvo en vela en arriesgadas misiones o, por el contrario, fue despertado por el silbato de órdenes del coronel jefe, anunciando peligro, que la falta de horas de sueño no le perturbaba demasiado!

Por primera vez se dio cuenta de que aún vestía el «*smoking*». Aprovechó el cambiarse de ropa para recibir una ducha fría que le devolvió la elasticidad de movimientos.

Un vaso de zumo de frutas y unos «sandwiches» confortaron su estómago. Desde la cabina telefónica del «*hall*», tras examinar la guía, marcó un número:

—¿Universidad de Derecho? Póngame con Secretaría... Oiga, aquí Douglas Crippen, del Federal Bureau of Investigation. Necesito saber si entre sus alumnos figura Bill Murphy... No, no me retiro... —Tras una larga pausa, su rostro se iluminó de alegría—. Gracias; no es nada importante. Una simple comprobación.

Media hora más tarde, en el archivo de la Metropolitana examinaba una carpeta repleta de documentos. Leyó uno. En él constaba la absolución del hombre al que perseguía, debido a la magnífica defensa y aportación de pruebas por parte de George Powell.

Imposible equivocarse. Estaba en lo cierto. Era preciso saber esperar.

Llamó a Eva Mason, decidido a aclarar de una vez y para siempre el enigma que ocultaba la personalidad de la muchacha...



CAPÍTULO VI



N el restaurante mejicano de New Haven, en las afueras de Nueva York, la orquesta interpretaba música de típica raigambre española, aunque adulterada por el modernismo de los compositores. La decoración del local, lujosa y de detonante colorido, junto con la magnífica cocina sudamericana, contribuía a hacer del establecimiento uno de los más frecuentados de la región.

En el amplio jardín, diseminadas entre los árboles, había mesas ocupadas por parejas que preferían la tranquilidad y tono discreto del parque al bullicio y la animación que imperaban en los salones.

Eran las seis de una tarde cálida, que comenzaba a languidecer.

—Esto es todo, Douglas. Cuando supe que pertenecías al F. B. I., no me atreví a ponerte en la disyuntiva de tu deber o nuestro amor.

Si ahora te he confesado la verdad es amparada en tu palabra de haberme escuchado a título personal. La historia, como habrás visto, es antigua y nada tiene que ver con William Murphy, que, conociéndola, me obliga a seguir a su lado. Fui una ladrona de guante blanco, y en algunos Estados aún se me recuerda. Rectifiqué mi vida. La Metropolitana posee mis huellas. Nadie me identificó jamás. Los micrófonos del «*cabaret*» hicieron saber a ese canalla un pasado que he vuelto a resucitar hoy para que no ignores nada de mí. ¿En qué piensas? ¿Se han transformado tus sentimientos?

—No, Eva —contestó él, apasionado—. Lo importante es desenmascarar a Murphy. Aunque la Ley es inflexible, procuraré informarme de qué se te acusa.

—Iré a la cárcel por muchos años, Douglas.

—Esperaré a que salgas y nos casaremos. Te quiero. Creí que jamás amaría a nadie después de Taiping.

—¿Una mujer?

—Sí, malaya. La conocí en la guerra.

Crippen bebió el contenido de una copa de «cognac». Con la imaginación evocaba épocas pasadas. Habló muy despacio:

—Mandaba una escuadrilla de caza en un aeródromo de los Estados Federados Malayos. Los primeros meses apenas si nuestra misión ofrecía riesgos. Nos limitábamos a bombardear las bases japonesas del Pacífico. Los bosques eran para nosotros, curtidos en la campaña de Rusia, un verdadero paraíso. Convivíamos con los naturales, quienes, por haberles librado de los nipones, nos trataban con deferencia, invitándonos a ocupar sus toscas chozas de madera y hojarasca. Una tarde, en un riachuelo, me encontré a una joven, casi una niña. Era Taiping. Volví a verla muchas veces, siempre en el mismo lugar. Era tan indudable que me aguardaba como que yo iba a buscarla. Nos entendíamos bien, pues yo hablaba su dialecto. Por entonces, nuestra situación en la península cambiaba. Grupos de nipones, que aún se hacían fuertes en Singapur, atravesando la selva, nos acosaban, matándonos hombres e incendiando hangares. Resultaba peligroso alejarse del campamento. Una noche desataron un ataque con varias patrullas y caí herido ante un grupo de enemigos que se dispusieron a rematarme. George Powell me salvó. Permanecí unas semanas hospitalizado. Una noche, los centinelas detuvieron a una indígena que pretendía entrar en el aeródromo.

Era Taiping. Pedí permiso al coronel para que la permitiera cuidarme, y me lo concedió.

Crippen hizo una larga pausa.

—Tú me has revelado una historia desagradable. La mía no lo es menos. Conozco dialectos asiáticos, porque desde pequeño tuve una gran facilidad para aprender idiomas. Ambicionaba ingresar en el Estado Mayor, y apenas en el arma aérea, me especialicé en temas orientales. Lejos de la civilización, el idilio con Taiping se tornó profundo. Llegué a pensar en casarme con ella. Powell, capitán a mis órdenes, se oponía, y sus consejos me acercaban más a la malaya. Restablecido, paseábamos por los bosques. Una tarde nos dispararon. Taiping se abrazó a mí. No era cariño o miedo. Me protegía. Sonó una nueva detonación. Ella se estremeció. Con mi revólver de reglamento hice fuego. Dos japoneses cayeron de distintos árboles. Me incliné sobre la muchacha. Agonizaba. Aún recuerdo sus palabras: «Mi vida... por ti». Un mes más tarde obtenía la Medalla de Servicios Distinguidos. Deseaba exterminar a los asesinos de Taiping.

Se hizo el silencio.

—Terminó la guerra. Me aburría en Washington entre papeles y quise consagrarme a la lucha contra el crimen. ¡No me importaba morir! Lo demás, ya lo sabes. Te conocí y entonces, por vez primera, reparé que el alma humana es un profundo abismo. El recuerdo de Malasia se fue esfumando. Soy un hombre lleno de vigor. Por Taiping hubiese dado mi existencia. Por ti, también. No es inconstancia del amor, sino transformación de un sentimiento. No sé si me entenderás. Los humanos nacemos para compartir penas y alegrías. Mi desesperación la motivaba una ausencia. Tú la has llenado.

Del salón llegaban, amortiguadas por la distancia, las notas de una composición sentimental.

Crippen, asidas las manos de la muchacha, la miró con dulzura no exenta de tristeza.

—El Destino se complace en atormentar mi corazón. Taiping era de otra raza, y para hacerla mía, necesitaba vencer distancias de sangre, prescindiendo de los consejos de mis superiores y amigos. Tú fuiste una delincuente y habremos de salvar la Ley, a la que represento. No es un reproche, Eva. Dios quiere hacerme un héroe

en el amor.

—Lo mejor será que no nos veamos más —contestó la joven—. Seguiré sola mi camino.

—No, Eva. Le recorreremos juntos. Bailemos. Siento ansias de estrecharte contra mi corazón, y nos miran...

Se separaron, felices, a las once de la noche. La cantante iba al «*cabaret*»; el agente del

F. B. I.,

según manifestó, a cambiarse de ropa.

—Tardaré un poco. Antes he de pasarme por Jefatura.

Se besaron al despedirse, y apenas se hubo alejado Eva en su «Nash», Crippen se dirigió al Waldorf Astoria, pidiendo su coche, completamente reparado. Era un «Ford» modelo 1946, de magnífico rendimiento. Al engrasarlo se dieron cuenta en el taller de una avería en la caja de cambios.

—Unas millas más —le dijeron— y la reparación hubiera sido más costosa. Le hemos evitado quedarse en cualquier carretera esperando un remolque.

Mandó cargar el importe del arreglo en su hospedaje, y a toda marcha, enfiló la Quinta Avenida, camino del Central Park. Necesitaba actuar con rapidez.

Miró por el espejo retrovisor. Un automóvil gris iba tras él. ¿Le seguían los hombres de William Murphy? Decidido a comprobarlo, dobló por la calle Veintiséis, para, a través de la Veinticinco, alcanzar de nuevo la Quinta Avenida, sin alejarse del coche sospechoso. Masculló una maldición. No disponía de tiempo para despistar a sus enemigos en una desenfrenada carrera por Nueva York.

A moderada velocidad, impuesta por el exceso de tráfico, cruzó frente a Trinity Church[3], deteniéndose en el cruce con Park Row, en Post Office[4]. Aparentando ignorar que era vigilado, penetró en las oficinas. Apenas se vio dentro, atravesó la amplia sala de telegramas, en cuyo fondo un pasillo comunicaba con las demás dependencias.

Antes de que los hombres de Murphy pudieran cortarle la retirada, salió a la calle por una puerta de servicio, destinada a los repartidores nocturnos, y, apresuradamente, anduvo unos metros hasta llegar a un «taxi».

—¡Rápido! —ordenó al conductor, enseñándole la placa acreditativa de su personalidad—. A Central Park.

El chofer, sin un comentario, puso en marcha el vehículo, desembocando en Broadway.

Durante el recorrido, Crippen miró repetidas veces por el cristal posterior, sin distinguir al vehículo gris. ¡Les había burlado con una treta bien sencilla!

Despidió al «taxi» en las proximidades del hotel de Eva Mason, y a pie, simulando indiferencia, alcanzó la verja que circundaba el jardín. Aguardó a no ser observado por los escasos transeúntes que deambulaban por el paseo, y con agilidad extraordinaria, se encaramó en los hierros, saltando al otro lado.

Durante unos minutos permaneció de bruces en el suelo. En el piso primero había luz. Sin duda, Bill Murphy.

Con las máximas precauciones, encorvado, se acercó al edificio. Las ventanas de la planta baja hallábanse cerradas y hubo de utilizar masilla y un diamante para, haciendo un círculo en el cristal, poder girar la falleba. Eligió la única que carecía de persianas. El hecho le extrañó, y antes de entrar en la habitación la examinó a la luz de su linterna. Había estado a punto de poner en funcionamiento un ingenioso dispositivo de alarma. Por fortuna, en Quantico le enseñaron la forma de inutilizar tales obstáculos, y no le fue difícil desconectar una de las tomas de corriente.

Cruzó la estancia, completamente desamueblada. En un largo pasillo se detuvo. El mayordomo de Eva, Pat Howland, era un individuo peligroso con el que no deseaba enfrentarse.

Desembocó en el «*hall*», del que partía la escalera a los pisos superiores. Ascendió, llegando a un vestíbulo en el que había una puerta. Miró por el ojo de la cerradura, quedando mudo de asombro. Esperaba ver a Bill Murphy y le halló frente a George Powell, que cerraba un grueso volumen, levantándose. Luego de pronunciar unas palabras, que no llegaron a oídos del miembro del F. B. I.,

se dirigió a la salida. Crippen apenas si tuvo tiempo de ocultarse en una de las gruesas cortinas del «*hall*». Oyó los pasos de su amigo, que se encaminaba, sin duda, a sus habitaciones de la última planta.

No bien se hubo alejado, tras comprobar que el hijo de Murphy continuaba estudiando, fue en pos de su camarada de guerra, que

penetraba en su alcoba del último piso. Al sentir ruido a su espalda, Powell se volvió. Empuñaba una automática.

—Guárdate eso, George. No vengo a detenerte, sino a que charlemos. ¿Me crees tan ingrato como para encarcelar al que por dos veces me salvó la vida? ¿Dónde encontraste esa pistola?

—Me la prestó Murphy, aconsejándome que no me dejara prender.

—No me extraña. Puedes seguir encañonándome, si te consideras más seguro.

El abogado dudó unos segundos, guardándose el arma en el bolsillo trasero del pantalón.

—Siéntate, Crippen. Te has arriesgado a mucho viniendo a estas horas.

—Tal vez. Tengo un estrecho concepto de la amistad y la gratitud. Quiero ayudarte, no como William, sino de manera eficaz. ¿Por qué mataste a Ethel?

Esperaba un ataque de cólera en Powell. Se equivocó. George, inclinando la cabeza con pesadumbre, rogó:

—No volvamos a eso, por caridad.

—Sí, es necesario. Fuma. Te tranquilizará.

En silencio, encendieron unos cigarrillos. Douglas, con un papel que sacó de su cartera, taponó el ojo de la cerradura, corriendo las cortinas de las ventanas. Powell seguía con ansiedad sus movimientos, intuyendo que en breve sería preciso rememorar la trágica noche en que arruinó su porvenir. Crippen le apremió:

—¿Qué motivo te impulsó a apuñalarla? El que vayas o no a la silla eléctrica depende de tu respuesta.

—Me dijo que tenía un amante. Me enseñó un análisis a su nombre, afirmando que él la contagió. Se puso en pie para marcharse, dando por terminado un amor que era la razón de mi existencia. Me cegué. Sin saber cómo, cogí de la mesa un cuchillo de mango primorosamente labrado que me servía de abrecartas, hundiéndolo en el pecho de Ethel. Después...

Calló, abrumado por los tristes recuerdos. Con frases entrecortadas refirió su vagabundear por la ciudad hasta encontrar casualmente a William Murphy.

—Cuando me pusiste la mano en el hombro creí que era la Policía. Por eso estaba tan nervioso.

Aplastó el pitillo en el cenicero, para encender otro. Crippen dudaba. Su revelación iba a ser demasiado cruel. No obstante, la consideraba necesaria.

Muy despacio, procurando suavizar sus palabras, refirió su conversación con Marión Powell. Conforme avanzaba en su relato, las manos del abogado crispábanse más y más en torno a los brazos del sillón, y su rostro enrojecía. No interrumpió a Douglas ni una sola vez. Al terminar el del

F. B. I.,

George sudaba.

—Tu madre se siente, en parte, responsable de lo ocurrido. La convencí de lo contrario. Nadie era capaz de imaginar semejante reacción en Ethel.

—¡Y yo la maté!

Bruscamente se puso en pie. Crippen le imitó, acercándosele.

—Debes sobreponerte. Nada se remedia con actitudes extremas. ¿Tienes «*whisky*»?

Powell señaló el armario y Douglas sacó una botella y un vaso, que llenó de licor. El abogado bebió mecánicamente, sin saber lo que hacía.

—Siéntate, George. Ella habrá encontrado en la eternidad el premio a su sacrificio. Has de pensar en ti, en tu madre. La pobre no cesa de llorar —posó sus manos en los hombros de su camarada—. La otra noche, al salvarme la vida, quise decírtelo, pero no me dejaste. Sigo siendo tu amigo entrañable, el de siempre.

Con voz rota por la emoción, Powell repuso:

—Gracias. ¿Qué plan es el tuyo? Te obedeceré.

—Eso me gusta. Empezaba a temer que del capitán de aviación que conocí en la guerra no quedara más que un individuo gimoteante. Entonces hicimos frente a muchas situaciones desesperadas y salimos con bien de ellas. Ocurrirá lo mismo. Óyeme bien lo que tengo que decirte. Es fundamental, no sólo para ti, sino para nuestra patria.

Le interrumpió un ruido en la ventana. Decidido a averiguar lo que ocurría, desenfundó su revólver, abriendo la cristalera. No pudo contener una exclamación de asombro al ver una paloma. Fue a cogerla, pero el ave escapó al tejado.

Se volvió. ¿Quién era el confidente del inspector Gorry que

habitaba en la misma casa de Eva Mason?

No pude responderse a la pregunta, porque Powell reclamaba su atención. De nuevo, tal vea acometido por el recuerdo de Ethel, apretaba los puños en un gesto de impotencia.

—Serénate. Te prometo que si cumples lo que te he dicho no envejecerás en presidio.

En tono persuasivo, no exento de energía, puso en antecedentes a George de sus proyectos. Para vencer sus escrúpulos, le habló de William Murphy, de sus intentos por asesinarle y del criminal tráfico a que se dedicaba. Powell le escuchaba en silencio.

—No me sorprende —comentó—, aunque no supuse que llegara tan lejos en sus actividades. Te ayudaré.

La idea de una futura acción le sacó de su doloroso ensimismamiento.

—He de marcharme, pero antes has de prometerme una cosa.

—Di.

—Que todo lo que hagas en un futuro me lo consultarás, a no ser que te limites a lo concertado.

—Colaboraré contigo. Sal por mi ventana. No te será difícil alcanzar, desde el alféizar, la rama de un árbol que se alza en las inmediaciones de la casa. Así te evitarás un mal encuentro. El mayordomo es un tipo mal encarado.

—¿Y Bill Murphy?

—Un pobre muchacho sometido a la voluntad paterna. Tiene capacidad para el estudio. ¡Lástima que su padre tuerza su conciencia!

—No le daremos tiempo. Adiós, George.

Se abrazaron fuertemente, poniendo en el apretón un cariño por encima de los vínculos de la sangre. Powell apagó la luz y el agente del

F. B. I.

asíó con su mano derecha una de las extremidades del árbol y descendió por el grueso tronco.

Dispuesto a no dejar huellas, conectó el timbre de alarma. Luego, ayudado por una navaja, arrancó por completo el cristal, y quitándose la americana, envolvió en la tela, rompiéndole dentro, para evitar el ruido de vidrios. Depositó los pedazos en el suelo, arrojando algunos al interior de la estancia. Quería dar la sensación

de una rotura casual.

Tranquilizado a este respecto, siempre protegido por las plantas, alcanzó la verja, que saltó limpiamente, tras comprobar que no había nadie en las inmediaciones.

Respiró aliviado. Nada le amenazaba por el momento.

Trasladóse en un «taxi» al Waldorf, en cuya habitación púsose la etiqueta. Repiqueteó el timbre del teléfono. Cogió el auricular, escuchando la voz sobresaltada de Eva:

—¡Douglas!... ¿Dónde has estado?

—Tomando unos «sandwiches» en un «drug» de la calle Treinta y Nueve. ¿Qué es lo que quieres?

—Evitar que te asesinen. Cinco de los hombres de Charles Peel se han estacionado en las inmediaciones para disparar contra ti apenas aparezcas...

—¡Sé prudente! Tienen localizado el teléfono de...

—Antes de ponerme en comunicación contigo corté la derivación. ¡No vengas!

—No me cazarán. Hasta luego.

Colgó y, antes de que la muchacha le llamara de nuevo para intentar disuadirle, abandonó el hotel dirigiéndose, en un vehículo de alquiler, al comienzo de Montague Street. Temía que aún vigilaran el «Ford», que dejara abandonado en la esquina de la Broadway con la Park Row, en la puerta principal del *Post Office*.

Anduvo por la acera opuesta al «*night-club*» comprobando con satisfacción que las casas contiguas eran de la misma altura. Entró en una de ellas. Un vigilante nocturno le salió al paso:

—¿Dónde va?

Crippen le mostró la chapa y, en el ascensor, llegó al último piso. En el fondo había una puerta que comunicaba con la terraza. No le fue difícil abrirla, utilizando un juego de ganzúas.

La noche era esplendida. La luna iluminaba la ciudad en un derroche de plata.

Sin apenas dificultades, Douglas alcanzó la azotea contigua, pasando a la inmediata. Dos edificios le separaban del «*cabaret*».

Unas aceradas puntas de acero hiciéronle adoptar precauciones para no rasgarse el «*smoking*». No era aquél el peor obstáculo, sino el patio interior. ¿Cómo salvarlo?

Miró en torno suyo. En uno de los rincones había una escalera

de mano que tendió sobre el abismo. El bloque de edificaciones había sido construido con arreglo a idénticos planos, por lo que el número de plantas era el mismo. Sólo la casa del «*night-club*», de otro propietario, era distinta, con un piso menos que las inmediatas. Saltó limpiamente a la terraza. El rostro de Crippen expresaba satisfacción. Sería grande la sorpresa de sus enemigos al verle en el «*cabaret*» sin haber penetrado por la puerta principal.

Una vez más, las ganzúas le facilitaron el acceso a la escalera. Bajó seis pisos destinados, en su mayor parte, a oficinas particulares. En el entresuelo se detuvo acometido por una súbita idea que desechó por demasiado peligrosa. Las cuatro puertas ante las que se hallaba, comunicaban con las salas de juego del establecimiento de William Murphy.

Descendió al desierto portal, avanzando hasta el patio. Las ventanas, con excepción de una que comunicaba con el lavabo de caballeros, estaban cerradas.

Con agilidad, propia de su extraordinaria preparación física, entró en el «*night-club*», arrojándose el lazo en uno de los espejos. Recorrió un corto pasillo que desembocaba en el salón de baile, pidiendo a uno de los camareros:

—¿Una mesa, por favor?

El sirviente le acomodó en las proximidades de la pista.

—¿Qué le sirvo?

—Un «cocktail» de ginebra.

Miró en derredor, con una sonrisa de desprecio bailándole en los labios. Charles Peel, en la barra, le contemplaba con asombro, como si fuese un resucitado. El del

F. B. I.

le hizo señas para que se acercase y el «gangsters» obedeció.

—¿Qué es lo que quiere?

—Invitarle a hacerme compañía. Acepté su consejo.

—¿Cuál?

—El de frecuentar el «*cabaret*». ¿Un cigarrillo?

—Gracias. ¿Por dónde entró?

—Por el aire. ¿Me esperaba alguien? De saberlo me hubiese detenido en la puerta. ¿Qué tal resulta bañarse en el East River?

Charles Peel palideció. La mano derecha, que llevaba el pitillo a los labios, tembló ligeramente.

—Es usted muy bromista, Crippen.

—Eso mismo me dijo un malhechor a quién detuve a poco de recibir el despacho de agente federal. Ayer le impusieron la condena: veinte años de cárcel. No pierda la compostura. Imite a su jefe. Nos observa desde la orquesta. Cualquiera que le viese afirmarí que le complace verme. ¿«Cognac»?

—No. Es peligroso su juego.

—El de ustedes —respondió con sequedad Douglas—. A mí me ampara la ley.

—No lo dudo. ¿Por qué no se decide a ser amigo nuestro?

—No me interesa. Márchese. Se acerca Eva. Si continúa hablando, me verá obligado a detenerle por intento de cohecho.

Apoyó sus palabras con un gesto marcadamente hostil. Los dedos del miembro del «Federal Bureau of Investigation» rozaban la culata del revólver por debajo de la chaqueta del «*smoking*». Charles se incorporó. Su rencor contra Crippen aumentaba por segundos.

—¿Qué tal, Douglas?

—Bien, Eva. Estás más bonita que nunca.

—Es la alegría de verte. ¿No me pides que bailemos? Te estuve esperando para hacerlo.

Los ojos de la muchacha brillaban gozosos al saber que el hombre al que amaba eludió la emboscada de los «gangsters» de Murphy.

—¿De qué manera les burlaste?

Mientras danzaban, Douglas le contó su forma de entrar en el «*cabaret*», terminando:

—Lo difícil será salir. Mira, Charles habla con los de su cuadrilla y todos marchan a la puerta. ¿Te toca pronto actuar?

—Sí.

—Cuando hayas terminado, vuelve. En la punta de un cigarrillo escribiré un número de teléfono. Avisa al inspector John Gorry. ¡Ha llegado la hora de dar la batalla! Que cerquen el edificio.

—Así lo haré.

Terminada la pieza musical, regresaron a su mesa, en la que charlaron de temas triviales. No ignoraban que su conversación era escuchada a través del micrófono.

Eva se separó unos minutos para interpretar una canción criolla,

reuniéndose de nuevo con Crippen, el cual, minutos antes, trazó a lápiz unas cifras en un «Philip Morris», no sin cerciorarse de que nadie le miraba.

—Fuma, querida. ¿Nos iremos pronto?

—Sí. Pediré permiso a Murphy para acortar mi actuación. Me duele la cabeza.

—A tu gusto, Eva. El aire de la noche te sentará bien. Disfrutamos de una temperatura espléndida. Procura no tardar.

Douglas la siguió con la mirada hasta verla desaparecer en dirección al camerino, en el que aguardaba a la cantante una desagradable sorpresa. William y una mujer de detonante belleza charlaban animadamente. Callaron al sentarla.

—Hola —dijo, irónico, el dueño del establecimiento—. ¿No saludas a Liliana?

—No —repuso altanera Eva Mason—. Aún hay categorías. ¿Qué quieres?

—Presentarte a tu nueva compañera. Colaborará contigo en el «*cabaret*», hasta que se imponga. No me parece decente que mi esposa trabaje en un espectáculo público. He decidido que el lunes tú y yo nos convirtamos en marido y mujer. Me he cansado de esperar.

—¿Lo sabe tú... «protegida»? —La voz de Eva Mason reflejaba asco al dirigirse a Liliana, que sonreía burlona, provocativa—. ¿Qué te parece?

—Él sabrá lo que hace.

Hubo una breve pausa. La cantante miraba a sus interlocutores, espantada de su cinismo.

—¡Eres un canalla!... ¡Un miserable!...

Temblaba de ira.

—No hagas melodramas. Es viernes. Prepara tus cosas. Liliana alternará contigo en las actuaciones. Desea ser tan famosa como tú. Nos iremos a Florida en viaje de luna de miel.

—¿No la llevamos también a ella?

Los labios de William se plegaron despectivos.

—Lo haría con gusto, pero el negocio es primero que los sentimientos. Pondré las cartas boca arriba. Tus amores con ese Crippen, voy a cortarlos al estilo antiguo, a tiro limpio. Te di la oportunidad de aceptar mi repetida oferta de matrimonio. Te

casarás conmigo.

—¡No!

—Sí, o irás para siempre a la cárcel. No me hagas repetir lo que sé delante de Liliana. Me evitaría el remordimiento de denunciarte. Cuando salga de aquí, será para ordenar un apagón en las luces del «*cabaret*». Entonces, Crippen morirá. Nadie podrá probarme nada. Ha ido demasiado lejos. Estarás encerrada hasta que liquidemos al del

F. B. I.,

el «amor de tu vida». Te has vuelto una sensiblera —jugó con una llave—. Es la de la puerta. Esa bombilla lucirá aún unos minutos. Es el margen de vida de Douglas Crippen. La esposa no puede declarar contra el marido. Te vi cortar el cable de uno de los micrófonos de las mesas. El amor te ha cegado y temo que seas una traidora. Vendré a buscarte. No puedo fiarme de ti. Vete, Liliana —una vez que estuvo solo con Eva, amenazó—: Terminaron las contemplaciones. Tienes unos días para pensarlo. O vivir rodeada de lujos y comodidades, o la cárcel.

Abandonó el camerino, dando un portazo. La joven oyó el ruido de la cerradura y, acongojada, se desplomó en un sillón. El cuarto carecía de ventanas. ¿Cómo avisar a Crippen?

Maniobró en el picaporte. Oyó la voz burlona de Charles Peel:

—No insistas a no ser que te agrade perder el tiempo.

Contempló, angustiada, la bombilla que iluminaba el espejo desde un aplique metálico, pidiéndole a Dios que conservara la vida de Douglas, que esperaría, en vano, la ayuda de John Gorry... Ignoraba que el agente del

F. B. I.,

al no verla actuar y temiendo que algo le impidiera ponerse en contacto con el inspector, acababa de llamar al camarero para pedirle que llevara a su mesa uno de los teléfonos portátiles. La respuesta del sirviente le inquietó.

—Hay una avería en la línea.

A partir de ese momento, seguro de que sólo disponía de sus propias fuerzas y ante la imposibilidad de mandar una nota con ninguno de los empleados del «*night-club*», a sueldo de William Murphy, preparóse para lo peor.

Sonrió con ferocidad, al tiempo que acariciaba una automática

de menor calibre que llevaba en uno de los bolsillos laterales del pantalón, a más de su inseparable revólver en la funda axilar.

Buscó al agente de servicio con la mirada. Tampoco estaba.

Hasta que el público abandonara el «*cabaret*» restaban dos horas, en el transcurso de las cuales, las circunstancias podían cambiar. Ignoraba que, dentro de unos segundos, sus enemigos iniciarían el ataque. ¿Qué habría sido de Eva Mason?

Apenas formulaba tal pregunta, un brusco apagón le hizo reaccionar. Aquél era, sin duda, el momento elegido para suprimirle. Se arrojó al suelo y, encorvado, avanzó hacia la pista. Varios fogonazos rasgaron las sombras. No se oyó ninguna detonación. Los «gangsters» utilizaban silenciadores.

Alguien tropezó con él, cayendo. Un juramento se mezcló con los gritos de las mujeres. Ignorando si era un forajido o un cliente, Crippen le golpeó en la nuca, haciéndole perder el sentido. Tantas veces había mirado a la puerta por la que entraba y salía Eva, que no le fue difícil alcanzarla repartiendo codazos a las parejas que, en pie, esperaban que se hiciera la luz para regresar a sus respectivas mesas. Algunas linternas centelleaban en todas direcciones. Douglas no encendió la suya para no descubrirse.

Al tacto supo que había penetrado en las habitaciones interiores del «*night-club*». Alguien inquirió:

—¿Eres tú, Charles?

Orientado por la dirección de la voz, y convencido de que su vida dependía de su rapidez en actuar, se abalanzó en «plongeon» a su izquierda. Su cabeza chocó con el estómago de un hombre, haciéndole gemir. Los puños del agente del

F. B. I.

se abatieron en el rostro de su invisible enemigo. Jadeando, se puso en pie en el instante en que se iluminaba de nuevo el «*cabaret*».

Por Eva sabía el emplazamiento de su camerino y a él se encaminó. Al doblar el recodo de un pasillo, hallóse frente a Charles Peel, que esgrimía una automática.

—¡Suelta el arma! —Mandó el del

F. B. I.,

al tiempo que se dejaba caer de costado, disparando al lugarteniente de Murphy. En los ojos del «gangster» había leído decisión de matar.

Tres proyectiles aullaron sobre Crippen que vio cómo dos grandes manchas de sangre ensuciaban la camisa del indeseable. Se apoderó también de la «German Luger» de Peel, llamando a una puerta con los nudillos.

—¡Abre, Eva!

—No puedo. Él tiene la llave.

Registró al cadáver de Charles. Mientras con mano nerviosa abría, escuchó pasos y gritos de órdenes. Su revólver había sembrado la alarma. Antes de penetrar en el camerino hizo fuego contra un grupo de hombres que se acercaban a la máxima velocidad. Uno de ellos, detenido por el grueso proyectil, alzó los brazos, desplomándose.

Cerró tras él, estrechando a Eva en sus brazos.

—No temas, querida. Nos defenderemos. Ponte en ese rincón, fuera del ángulo de tiro.

Arrastró tras la puerta el armario en el que la cantante guardaba sus vestidos, la coqueta, las sillas y, en suma, cuántos muebles adornaban la habitación. Nadie disparaba.

De pie, recostada la espalda en una de las paredes laterales, Crippen hizo el recuento de municiones. Su automática tenía el cargador completo. En la «German Luger» de Charles Peel y en su revólver faltaban tres balas. Eva le entregó su pistola. Douglas, besándola en las mejillas, dijo:

—Presentaremos batalla, querida. Dentro de poco iniciarán la ofensiva.

Como si sus palabras hubieran llegado a oídos de los secuaces de William Murphy, éste conminó.

—¡Ríndete y salvarás la vida! Los disparos no se oyen en el salón. La música y la distancia lo impiden. Tarde o temprano habrás de entregarte.

Crippen no contestó. Aguardaba el momento de dar la respuesta en plomo, que llegó al oír que golpeaban la puerta con el pie. La gruesa bala del revólver hirió a uno de sus enemigos, a juzgar por el grito de dolor.

La madera saltó astillada ante una descarga de los «gangsters». Douglas y Eva se miraron. Mientras tiraran a ciegas podían considerarse a salvo. El agente del
F. B. I.

susurró al oído de la cantante:

—Voy a atarte. Si, como parece inevitable, acaban cogiéndonos, es necio que te consideren también enemiga.

Omitió la verdad. A él no le apresarían vivo.

—No, Douglas. Correré tu suerte.

Se abrazaron, besándose apasionadamente. Nuevos disparos les obligaron a ponerse en guardia. Crippen no respondió al fuego. Necesitaba las municiones para cuando la puerta no fuese un obstáculo, acabar con el mayor número posible de adversarios.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué tramarán? —inquirió Eva.

—Pronto lo sabremos.

Diez minutos más tarde un golpe dado con algo recio conmovió a los dos enamorados. La mujer miró, pálida, a Crippen, que apretó las culatas de las armas que empuñaba.

—El fin se acerca. Nadie dirá que me he rendido.

Colocó la «German Luger» y el revólver entre la camisa y el pantalón, volviéndose a Eva.

—Necesito que vivas para informar a John Gorry de lo ocurrido. Es absurdo que nos asesinen a los dos. ¡Obedéceme! Me dolería tener que golpearte.

Los ojos de la muchacha se cubrieron de lágrimas.

—¡Qué bueno eres, Douglas! ¡Déjame caer a tu lado!

—No —negó él, inexorable—. ¿No te satisface la idea de vengarme?

—¡Prefiero seguirte!

Se repitieron los golpes en la puerta, que saltó de sus goznes por la parte de arriba.

—¡Decídetel

Eva inclinó la cabeza con pesadumbre.

—Haz lo que quieras. Te juro que no descansaré hasta no encarcelar a ese canalla de Murphy. Dispara mientras yo busco unos cordones.

El miembro del «Federal Bureau of Investigation» apretó por dos veces el gatillo. No por eso cesaron los violentos golpes. Al fin, el débil obstáculo cedió, quedando sostenido, únicamente, por los muebles amontonados. Una mano, armada con una «*Parabellum*», asomó. Crippen disparó a la muñeca.

—Ven que te ate, Eva. Lo pensarán antes de lanzarse a un definitivo ataque...



CAPÍTULO VII



N el despacho del Inspector John Gorry, en Center Street, reinaba extraordinaria animación. La noticia de haber partido de Nueva York varios hidroaviones con armas a Puerto Rico, impidió al inspector retirarse a descansar. El hecho le denunció un nacionalista ebrio que celebraba, por anticipado, la libertad de su pueblo. El agente Lewis le apresó. Tras un minucioso interrogatorio, el detenido declaró la verdad, agregando fanfarrón:

—Nada podéis hacer por evitarlo. Ignoro el punto de la costa en el que aterrizarán.

Por telégrafo se transmitieron órdenes a Ponce, Guayama, San Juan y a la isla de Santo Tomás, para que, de acuerdo con las bases aéreas, intentaran apresar el contrabando. Seis hombres rodeaban al inspector que, nervioso, tamborileaba en la mesa con los dedos.

—Crippen afirmó que esta noche daríamos la batalla. Temo que le haya sucedido algo:

—Sabe guardarse —comentó Lewis—. Vale mucho.

—Sí, pero está constantemente en la boca del lobo. Telefonea al «*cabaret*», Steffes.

Iba a descolgar el auricular, cuando el timbre repiqueteó anunciando una llamada. Gorry exclamó:

—¡Tal vez sea él!

Escuchó unos minutos.

—Gracias. Es usted de los pocos que no se venden por un puñado de dólares.

Colgó, poniéndose en pie.

—Es el agente de servicio en el «*night-club*» de Montague Street. Comunica desde un «*drug*» cercano. Dice que, al entrar de la calle, en el vestíbulo, le sorprendió un apagón de luz y que dispararon con silenciador. Interrogó en ese sentido a William Murphy, quién, sonriendo, le dijo que eran linternas y no fogonazos. Él no ve nada sospechoso en el local. Tan sólo el respaldo de una silla, agujereado por una bala. No se atreve a actuar por falta de pruebas, pero nos avisa. Hace dos noches oyó decir a uno de los camareros, señalando a Douglas, que era un agente del

F. B. I.

No está en el salón. Lewis, necesito diez coches repletos de hombres. Steffes, disponga dos vehículos para nosotros. Los micrófonos de las mesas y el juego, justificarán nuestra actuación.

Diez minutos más tarde la caravana policial se dirigía, velozmente, a Brooklyn...

El humo de la pólvora se agarraba a la garganta de Crippen, haciéndole toser, pese a sus esfuerzos por evitarlo a fin de no denunciar su posición. El revólver yacía, inservible, en un rincón y en la «German Luger» no le quedaban más que dos proyectiles, que utilizó en matar a un «gangster» que, más audaz que sus compañeros, intentó penetrar en el camerino.



*El humo de la pólvora se agarraba a la garganta
del miembro del F. B. I.*

Esgrimió su automática y la de menor calibre proporcionada por Eva Mason, lanzando una mirada de aliento a la muchacha, que le contemplaba con angustia.

—No se olvidarán de mí en mucho tiempo —exclamó, refiriéndose a los cuatro a quienes había matado y a los probables

tres heridos.

La puerta, fuera de sus goznes, estaba semicaída sobre los muebles que Crippen colocó detrás para reforzarla y permitía el paso de un hombre. El agente del

F. B. I.,

fuera del ángulo de tiro, hacía morder el polvo a cuántos enemigos intentaban entrar en la habitación.

—Coged la viga, muchachos.

El momento final había llegado. Los «gangsters» derribarían por completo el débil parapeto, irrumpiendo en masa en el camerino. Para impedirles realizar con libertad la maniobra, agotó el cargador de la automática de Eva y, seguro de que su fin estaba próximo, aguardó. Disponía de siete balas.

Miró a su prometida que pugnaba por romper las ligaduras.

—¡Suéltame!... ¡Quiero morir contigo!

—Es grato saberse amado así.

La hoja de madera cedió con estrépito, así como el armario que la sustentaba. Los tres primeros que iniciaron el asalto cayeron en el mismo umbral. Hubo un movimiento de pánico en los agresores. Crippen disponía de cuatro proyectiles.

Se hizo una larga tregua. ¿Qué tramaban ahora sus enemigos? La respuesta la obtuvo en plomo.

Una «Thompson» llenó de proyectiles la habitación. Douglas, de bruces en el suelo, gimió en alta voz, cual si hubiera sido tocado. Su treta tuvo éxito. El «gangster» que manejaba la ametralladora se dejó ver. Furioso, Crippen, oprimió por tres veces el gatillo, derribándole. Cambió de posición. Sólo una bala; un segundo en el camino de la eternidad.

En pie, dio cara a sus invisibles adversarios.

Igual daba morir antes que después. Oyó una orden:

—¡Vamos todos por él!

Convulso, se acercó a la puerta. Tras agotar el último proyectil iniciaría la lucha cuerpo a cuerpo.

Tiró contra uno de los indeseables y entonces sucedió lo increíble. Un timbre repiqueteó furioso. Alguien, gritó:

—¡La Policía!

Los «gangsters», ignorando que Crippen hallábase desarmado, se apresuraron a huir, no queriendo enfrentarse con los miembros del

F. B. I.,
que acudían a salvar a su compañero.

Atónito, Crippen retrocedió protegiéndose en uno de los rincones. ¿Era posible que se hubiese librado de la muerte?

Escuchó, próxima, la voz de John Gorry.

—¡Tiren a matar! Douglas ha dado una lección a estos «tipos».

El inspector surgió en el umbral, lanzando un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios que no te ha ocurrido nada.

—A usted se lo debo. ¿Tiene alguno municiones para mi revólver?

Lewis le ofreció un puñado de balas que Crippen guardó en uno de sus bolsillos. Se volvió a la joven, pero ya Steffes la estaba desatando.

—Gran susto, ¿no es así, Eva?

—Terrible. Por fortuna pasó. He de marchar a Central Park.

—No —repuso Douglas—. Me esperarás en el Waldorf Astoria. Lo que resta es asunto de hombres. ¿Me harás caso?

—Quizá. Dame la llave de tu departamento. ¡Cúdate!

Un miembro del

F. B. I.,
auxiliado por varios agentes de uniforme, se hicieron cargo del local, que fue desalojado, procediendo a levantar acta de las anormalidades halladas, mientras, Eva tomaba un «taxi» que había de conducirla a la Quinta Avenida y Crippen, con el inspector y los demás agentes, montaban en los coches oficiales dirigiéndose a toda marcha al edificio propiedad de la cantante.

—Murphy ha ido demasiado lejos —exclamó Douglas—. Sobran pruebas para proceder contra él. Tal vez esté en el hotel.

Las sospechas del policía federal eran ciertas. El dueño del «*cabaret*», en el despacho del primer piso, registraba los cajones de la mesa apoderándose de cartas y documentos que iba metiendo en una cartera de mano. Su hijo Bill le miraba en silencio.

—¿Qué sucede, papá?

—Nada de importancia. Los del

F. B. I.
buscan datos para detenerme y voy a hacerlos desaparecer. Tú sigue aquí. Nadie se meterá contigo.

Un ruido a su espalda le hizo volverse. George Powell entró en

la habitación.

—¿Pasa algo grave?

—Sí, aunque no le afecta a usted.

—¿Se marcha?

—Por unos días, hasta que se calmen los ánimos. Han asesinado a Douglas Crippen y pretenden culparme de ello.

William Murphy hablaba con sinceridad. Él abandonó el «*night-club*» antes de la llegada de John Gorry con la certeza del próximo fin de su encarnizado enemigo. Absorto en su tarea, no reparó en la alteración experimentada por el abogado.

—¿Es cierto que lo hizo usted?

El jefe de la criminal organización, extrañado del sombrío tono de voz de Powell, levantó la cabeza con altanería.

—No le importa. Bastante tiene con burlar a la ley para meterse en los problemas ajenos. Tuve paciencia al no dejar de protegerle después de colaborar en la detención de los cuatro nacionalistas. No vuelva a inmiscuirse en lo que no le afecta.

—Se equivoca, William. Le dije que Crippen y yo fuimos compañeros de guerra, como dos hermanos. Al salvarle, ignoraba muchas cosas, entre ellas que perteneciese al

F. B. I.,

y que usted fuera un malvado.

—¡Powell!

—Sólo un miserable, un monstruo, aconseja, como usted lo hace, a su hijo. ¡No se mueva! ¿Es responsable de la muerte de Douglas?

George empuñaba una automática, encañonando al dueño del «*cabaret*», quien, astuto, sonrió.

—No sea necio. No le interesa disparar. Veríase obligado a responder ante la ley de dos asesinatos. Crippen ha sido víctima de su falta de tacto. Es suicida meterse en el Harlem a desafiar a los nacionalistas. Un amigo me dijo que le habían acorralado.

Como si nada le amenazara, terminó de registrar la mesa. El abogado vaciló, guardándose el arma. Recordaba las instrucciones recibidas de Douglas.

—Perdone, Murphy. He tenido una horrible pesadilla. Soñé que moría Bill en un tiroteo y que los del

F. B. I.

entraban en la casa.

—¡Bah! Está sugestionado —marcó el número del teléfono del «cabaret», preguntando por uno de los «gangsters» de confianza—. ¿Irving?... Un amigo. ¿Quién habla?

Colgó, palideciendo. Acababa de obtener una desagradable respuesta. La Ley ocupaba el «*night-club*». ¡Tenía que huir! De haberse salvado Crippen podía considerarse perdido.

—¿Se va? —inquirió Powell, con burla—. ¿No se lleva a su hijo? A él no le ocurrirá nada. Espere, Murphy. ¿Por qué no dice a Bill la verdad? Crippen me informó de algo curioso.

—No sé a qué se refiere.

—A sus relaciones con Mary Tighe, a la adopción de...

—¡Calle!

—No. Es hora de que sepa que no es hijo de usted. Douglas leyó la copia del documento mediante el que se hizo cargo del fruto de los amores ilícitos de su mujer. ¿Para qué?

El movimiento de William fue tan rápido que sorprendió a George. Murphy le apuntaba con un revólver. En sus pupilas brillaba una luz demoniaca.

—No me importa que se entere. Le adopté para educarle y vengar en él el odio que sentí hacia su madre. ¿Cómo llegó Crippen a sospecharlo?

—Nadie es capaz de aconsejar un camino de perdición a quien lleva su misma sangre. El

F. B. I.

investigó a fondo sus antecedentes personales y Douglas me los contó.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas. Me encargó que no le permitiese huir y estoy decidido a cumplirlo.

—No hará semejante disparate. Soy de los que no vacilan en suprimir estorbos. ¡Apártese!

—Tendrá que matarme.

—Lo haré.

Murphy avanzó con el dedo curvado en el gatillo. A unos cinco pasos de Powell, conminó:

—¡Es la última advertencia!

El abogado se lanzó a él, aferrándole por la cintura. William disparó, alcanzando a George en un hombro. De un brusco empujón

se desasíó, bajando velozmente las escaleras que conducían al «hall». Al desembocar en el jardín, varios hombres descendían de dos coches oficiales. A la luz de los faros reconoció a Douglas Crippen.

—¡Maldito! —rugió, retrocediendo.

El agente del

F. B. I.

corrió en su persecución, seguido de Gorry y Lewis. Steffes ordenó a sus camaradas:

—¡Cercad el hotel!

Convencido de que los representantes de la Ley no tardarían en capturarlo, el dueño del «*night-club*» de Montague Street no quiso empeorar su situación con una absurda resistencia y, arrojando la pistola detrás de uno de los sillones del vestíbulo, esperó a los que le seguían, diciendo, socarrón:

—No sean nerviosos y guarden las armas. Pueden disparárseles. ¿Qué quieren?

—Detenerle, William —contestó Crippen—. Le acuso de mandar una vasta organización criminal.

—Mañana estaré en libertad bajo fianza.

—Lo dudo. Oímos una detonación. ¿Contra quién disparó?

—Contra mí, Douglas —dijo una voz—. En esa cartera lleva papeles que me opuse a que sacara.

George, pálido el semblante, con un ancho boquete en el hombro izquierdo, caminó unos metros, desplomándose en un sillón. El inspector del

F. B. I.

fue a acercarse, pero él se lo impidió con el gesto:

—No. Espere. Hice lo posible porque no te burlara, Crippen, aunque me aseguró que ya estarías muerto.

—Desvaría —negó Murphy—. No sé de qué habla.

—Tengo testigos: su propio hijo de adopción.

—Él no declarará.

—Te equivocas —papá— negó Bill desde la puerta. —Diré la verdad. Eva Mason y Powell me aconsejaron bien. Deseabas mezclarme en tus asuntos para satisfacer el rencor que experimentabas hacía mi madre muerta. Son palabras tuyas.

Acorralado, Murphy no supo qué responder. Con mano nerviosa

encendió un cigarrillo.

—Llévenme a Jefatura —pidió—. Solicito la presencia de mi abogado.

—Tiene perfecto derecho —intervino John Gorry—. Me olvidaba decirle que dos de los «gangsters» a sus órdenes no han muerto. Por si fuera poco, nuestro confidente posee pruebas.

—Y ¿quién es ese confidente?

—Yo —contestó una voz de mujer—. Número dos mil cuatrocientos cincuenta y seis de agentes femeninos.

Eva Mason, sonriente, entró en la estancia. La sorpresa de Douglas Crippen no fue menor que la de William, que no daba crédito a lo que oía.

—¡Tú!

—La misma. Asombroso, ¿verdad? Te hemos aventajado en astucia. Mi voz la he puesto al servicio de la Justicia. A mi padre le mataron en una reyerta de «gangsters» cuando regresaba de su trabajo en Filadelfia. Ya era famosa como cantante y solicité el ingreso en la Policía. Me admitieron, encargándome una misión, a fin de probar mis actitudes. Hice por conquistarte, para que me admitieras en el «*cabaret*». No fue difícil. Un miembro del Departamento habló conmigo, creándome un pasado de ladrona de guante blanco. Conocíamos el sistema de micrófonos en las mesas. Hice una derivación del teléfono del «*cabaret*» y del de este hotel. Supimos la hora y el sitio de la última remesa de drogas. Resultaba curioso. El aparato del «*night-club*» tenía dos escuchas. Un hombre a tus órdenes y un defensor de la ley. ¿Recuerdas que me costeaste el capricho de instalar un palomar? Pues bien: utilizaba dos aves, para enviar los mensajes al inspector del

F. B. I.

encargado del caso Sólo una cosa me dolía: no poder declarar a Bill mi verdadera personalidad. Le estabas mezclando en tu vida, enfrentándole a la moral y al bien. Él será un famoso abogado, que honrará el apellido que tú hundiste. ¿Necesitas más explicaciones, más pruebas? Me consta que en los macetones que adornan la entrada se ocultan paquetes de drogas envueltas en telas impermeables.

William Murphy inclinó la cabeza, abrumado por tales testimonios. Se dejó esposar sin resistencia, siendo conducido a uno

de los coches que le trasladarían a Center Street. George Powell se incorporó, diciendo a John Gorry:

—Me entrego por haber matado a una mujer. Hice mal en no presentarme al cometer el crimen, pero el pánico me dominó.

El inspector del

F. B. I.

repuso:

—Haré constar sus palabras en el sumario, así como que fue herido en defensa de la ley. Le curaremos en la clínica de la División. No es necesario que nos acompañes, Douglas. Tu amigo está en buenas manos. Supongo que tendrás muchas cosas que preguntarle a Eva. ¿Le importaría acompañarnos, Bill?

El muchacho accedió al amable requerimiento y quedaron solos Crippen y la cantante. Él la miró con severidad.

—¿Por qué me engañaste?

—Te contestaré fuera de aquí. Estas paredes guardan malos recuerdos.

Pasearon por Central Park, deteniéndose junto a un pequeño estanque rodeado de bancos de madera, en uno de los cuales se acomodaron. Douglas repitió la pregunta y ella repuso:

—Rogué al inspector ocultara mi condición de miembro de la Metropolitana. Deseaba saber si tu cariño era capaz de salvar la barrera de un turbio pasado. Me enamoré de ti desde el primer momento y quise conocer a fondo tus reacciones. ¿Me perdonas?

La dulce mirada de la muchacha se cruzó con la de Crippen, venciendo su enojo.

—No me queda otro remedio. ¿Cómo negarte nada que me pidas?

Se besaron, y el reloj del tiempo se paró en el corazón del hombre y de la mujer.

Las primeras luces del alba les sorprendieron estrechamente abrazados, cara a la Naturaleza.

—¿Me acompañas a ver al inspector, Eva?

—Sí. ¿Cómo voy a separarme de ti?

Sacaron el «Nash» del hotel, dirigiéndose a las oficinas de la División del

F. B. I.

Crippen conducía. Inesperadamente preguntó:

—¿Es también incierto lo de los tres hombres que arruinaste?

—Sí. Yo misma hice circular la historia. Se la conté una noche a Liliana, una de las amantes de Murphy, y ella se encargó de propagarla. Debiera enfadarme contigo por dudar de mí, pero no lo hago.

Le acarició las manos, que, sobre el volante, temblaron.

—Formalidad, Eva, o nos estrellamos.

Poco después entraban en el despacho de Gorry, que les miró sonriente.

—¡Hola, pareja! Tengo buenas noticias que daros. Me han comunicado de San Juan haber detenido los hidroaviones que transportaban las armas para los nacionalistas. Los pilotos han declarado en contra de Charles Peel, que les habló en nombre de Murphy. Por otra parte, el comisario jefe de la Metropolitana se ha conolido de que el amor le privara de quien prometía ser una magnífica agente. Os ruego me otorguéis un favor.

—Usted dirá.

—Ser vuestro padrino de boda.

—Concedido por mi parte. ¿Y por la tuya, Eva?

La joven bromeó:

—Tengo la obligación de estar siempre de acuerdo con mi futuro esposo. ¿Qué tal nos sentaría a los tres un buen desayuno?

—Lo pediré a la cantina. No puedo moverme del despacho. Espero noticias. Lewis fue con diez hombres al Harlem. Otro grupo, al mando de Steffes, actúa en el centro de la ciudad. Hay complicados en lo de las drogas y las armas altos magnates de la industria y de la política. Los documentos que intentaba destruir Murphy son comprometedores para muchos que gozan fama de honorables. Este escándalo conmoverá a la nación. El presidente, una vez más, conocerá el grado de corrupción de su pueblo y tomará enérgicas medidas.

Sonó el timbre del teléfono. Gorry descolgó el auricular.

—Sí... Gracias, señor Hoover... Cumplimos con nuestro deber... Crippen se excedió. A él le debemos el éxito... Siempre a sus órdenes.

Cortó la comunicación, explicando a Douglas:

—Era el director. Comunicué al Estado Mayor el fin de este asunto y me ha llamado para felicitarnos. Te auguro una gran

carrera en el

F. B. I.

Voy a pedir de comer. ¿Qué os parecen unos bocadillos y leche?

—Magnífico, sobre todo si añaden unos vasos de zumo de fruta —contestó Eva.

Quince minutos más tarde satisfacían su apetito. John Gorry bromeaba a costa del futuro matrimonio de los dos jóvenes.

—Cuida de que no te suceda lo que a mí, Douglas. En el Departamento tengo fama de mal genio y en casa soy un manso cordero. Ellas son más fuertes que nosotros. Si Eva se empeña, cocinarás.

—¿Quiere desanimármeme, mal corazón? —inquirió la muchacha —. Se ve que habla por experiencia. Tenemos que enterarnos de qué tal guisa.

El chispeante diálogo fue interrumpido, por una nueva llamada telefónica. Gorry escuchó, sin un comentario, colgando el auricular.

—Es Steffes. Uno de los sospechosos pidió permiso para ducharse y se suicidó. Los demás han sido presos. Lewis no tardará en darme su novedad.

Así fue. El agente del

F. B. I.

le informó de que la misión había sido cumplida sin más dificultades que un leve tiroteo, en el que no hubo víctimas.

—Ya puedo irme a dormir —anunció el inspector—. Voy a dar orden de que no me despierten en veinticuatro horas. Te ofrezco mi casa, Eva.

—Acepto. No quiero acordarme de que existe Central Park. Océpese de que el hotel sea vendido y que su importe vaya a engrosar los fondos del Colegio de Huérfanos de Policía.

—No en su totalidad —opuso Douglas—. Con parte de ese dinero pagaremos al mejor abogado de Nueva York, para que defienda a George. No debemos arruinar a su madre. Antes de acostarme he de hacerle una visita.

—¿No será temprano?

—Para quien sufre, no. Hemos de tranquilizarla.

Salieron con Gorry, a quien llevaron a su domicilio. A las nueve de la mañana preguntaban al mayordomo de Powell:

—¿Se levantó la señora?

—Hace un rato. Les anunciaré.

El criado les dejó solos en el vestíbulo, regresando momentos después.

—Pasen a la biblioteca.

En el lugar indicado les aguardaba Marion, a la que Crippen relató el curso de los sucesos, destacando la heroica actuación de George en la captura de William Murphy.

—¿Podría verle, Douglas?

—Sí —afirmó el agente del

F. B. I.

—. Yo me encargaré de ello. Recibió una herida de bala en un hombro y está en la enfermería del Departamento. Pasa y ayúdala a vestirse, Eva. Es mi prometida.

—Tienes suerte, hija. Es un gran muchacho.

No encontró Crippen muchas dificultades para que los de la Metropolitana permitieran la entrada en la clínica a la madre del abogado, quien se abrazó, emocionada, a Powell, que sonreía.

—Celebro verte, mamá. Me encuentro bien, dispuesto a afrontar lo que venga. Nadie puede disponer de la vida de sus semejantes. No supe lo que me hacía. La pobre Ethel fue víctima de su bondad.

El diálogo se prolongó unos minutos, pasados los cuales, Douglas cogió del brazo a Marion, sacándola del cuarto.

—Tranquilícese —la animó Eva—. Nos ocuparemos de que la sentencia sea lo más leve posible.

La dejaron en su domicilio, más confiada en el futuro de su hijo.

—Es hora de que descansemos. Llévame al Waldorf y ve a casa de Gorry. Cuando me despierte iré a buscarte. Me cuesta apartarme de ti, pero...

—Es lo mejor.

Se separaron en el Astoria. Douglas Crippen, el bravo agente del «Federal Bureau of Investigation», no entró en el hotel hasta que el automóvil no se perdió a lo lejos, confundido con el tráfico de la gran ciudad...

CAPÍTULO VIII



OS dos procesos fueron sensacionales. En el de William Murphy se hicieron acusaciones de extrema gravedad, destacándose la caótica situación de la juventud, en su mayor parte embrutecida por las drogas. El fiscal, en un documentado informe, presentó abrumadoras estadísticas de los funcionarios del Consejo de Bienestar Público, de la Oficina de Educación, del Departamento de Hospitales y de la Asociación de Prisiones, insistiendo en que los traficantes de drogas heroicas deben ser considerados traidores a la patria y a la sociedad. Hizo suya la propuesta del senador demócrata Herbert

O'Connor

de que los contrabandistas de estupefacientes sean condenados muerte[5].

La defensa poco pudo hacer en una causa perdida. Nacionalistas,

apresados por el

F. B. I.,

declararon en contra de William Murphy, a quien, sin embargo, no se le pudo probar ni un solo delito consumado de sangre, sino intentos de asesinato y tráficos prohibidos. La sentencia de treinta años de presidio fue leve para lo que aquel miserable merecía.

Por el contrario, en el juicio de George Powell, las circunstancias eran distintas. No se trataba de un forajido, sino de un abogado honorable que no rehuía el peso de la ley.

La expectación en la sala, finalizada ya la declaración de los que intervinieron en el hecho, era extraordinaria. Desde el juez hasta el último de los magistrados conocieron y trataron al que, en el banquillo, sin perder la apostura digna, esperaba el fin de la causa. El fiscal, considerando el eximente de arrebató y la voluntaria entrega a las autoridades, pedía para el detenido veinte años de reclusión. El defensor se puso en pie y comenzó:

—Nunca, a lo largo de mi carrera, me he dirigido a los señores miembros del Jurado con tanta seguridad de que mis palabras no van a ser interpretadas como las del que tiene el deber de atenuar la pena de su representado, para cobrar mayor fama o justificar sus honorarios. Son las de un hombre que pretende acentuar la humana personalidad de su patrocinado. No voy a negar que él matase a Ethel Smith, porque, valientemente, lo ha confesado. Quiero sólo destacar una serie de circunstancias dignas de ser tenidas en cuenta antes de emitirse un fallo.

Hubo una larga pausa. En el primer banco público se hallaban Douglas Crippen y John Gorry. El primero, nervioso, retorció un pañuelo entre sus dedos.

—Estamos acostumbrados a ver en el banquillo a seres despreciables, la mayoría de las veces lacra de la sociedad. Hoy lo ocupa un abogado consciente de la responsabilidad contraída con la Justicia y, por ello, decidido a rendir su tributo a la ley. Oyeron a los testigos y no necesito insistir en la atenuante de arrebató. El procesado entregóse a las autoridades tras una reacción heroica, que le costó una herida en el hombro. El que le protegía, un indeseable, no pudo huir, porque el señor Powell retardó su fuga, con riesgo de su propia vida. Les recuerdo, sin insistir demasiado, el informe de la División del

F. B. I.

de Nueva York y las declaraciones de Bill Murphy, en cuanto a los consejos de mi patrocinado. ¿Es lícito arruinar para siempre la existencia de un hombre que, en un rapto de desesperación o de locura, comete un hecho punible del que, aunque nosotros le perdonemos, él no se podrá perdonar jamás? Tengo la certeza de que Ethel Smith absolvería al que la mató. Con una larga condena no haremos sino privar de una regeneración auténtica al acusado. Pongámonos en su caso. En unos segundos se destrozó el amor de su vida. La que alzó el puñal fue Ethel Smith con su mentira cruel. Pensemos en nuestras novias, en nuestras esposas. ¿Cómo reaccionaríamos nosotros en una situación igual? George Powell mató. Meditemos. ¿Por odio?... ¿Por venganza?... ¿Premeditadamente? ¡No! ¡Por dolor! Él fue la primera víctima. Basta mirarle a la cara para darse cuenta de que es un hombre de honor que ha cometido un hecho punible. No ha de quedar sin castigo.

El silencio, por lo denso, adquirió una peculiar sonoridad.

—¿Qué dice? —susurró en voz baja, inquieto, Douglas.

—¡Calla! —ordenó el inspector—. Va a proseguir.

El defensor recorrió la sala con la mirada.

—No pido la absolución de mi patrocinado porque, en su esencia, padecería la ley. Todo delito debe castigarse. Pido que se le imponga un año de reclusión, pasado el cual disfrutará de todos los derechos. Su madre no ha asistido al juicio, porque su delicado corazón no se lo permitía. George Powell ha pasado semanas angustiosas. Amaba y ama a Ethel Smith. Y por si ello fuera poco, durante doce largos meses, a solas con su conciencia, dialogará con su alma, purificándose. Al emitir su dictamen, señores del Jurado, no olviden que de ustedes depende hundir o no a un hombre en la desesperación. He terminado.

Se alzó un murmullo entre los asistentes al juicio, que comentaban la originalidad del método empleado por la defensa. Casi todos asistían a diario a las vistas públicas y estaban acostumbrados a escuchar peticiones de total perdón para individuos sin los eximentes de George Powell.

El Jurado retiróse a deliberar y Gorry y Crippen cambiaron impresiones sobre el próximo fallo. De pronto, Douglas se

incorporó. Acababa de ver entrar a su esposa Eva, que llevaba del brazo a Marion Powell. La joven se disculpó:

—Intenté disuadirla, pero no me fue posible. Estaba tan nerviosa, que no quise oponerme. Es mejor la realidad que la incertidumbre.

—Sentaos en nuestros sitios.

El inspector era conocido por el portero que vigilaba la puerta de entrada.

—Vamos a fumar un cigarrillo. ¿Quiere avisarnos cuando salga el Jurado?

—Con mucho gusto.

Pasearon por el amplio corredor.

—¿Cuál será el veredicto, Gorry?

—Lo ignoro, aunque no tardaremos en saberlo. ¿Qué tal ese matrimonio?

—Perfectamente. La residencia de Powell es espaciosa y cómoda. Marion y Eva se llevan a la maravilla.

Guardaron silencio. Pasados quince minutos les llamaron desde la puerta de la sala.

—Acaba de entrar el Jurado.

En pie esperaron el fallo, que fue entregado al juez, quien leyó:

—«George Powell cumplirá dos años de cárcel».

Marion sollozaba de alegría y Crippen sintió un enorme alivio. No había menor condena para un delito de sangre.

Antes de retirarse, el abogado, respondiendo a una felicitación de John Gorry, dijo:

—El discurso fue preparado por George. Me limité a darle forma. Veinticuatro meses pasan pronto. Les dejo. He de ver a un cliente.

Douglas se acercó a Powell, antes de que los agentes que le custodiaban le llevaran de nuevo a su celda.

—Enhorabuena.

—Gracias. Te has portado maravillosamente conmigo.

—La amistad es algo por encima de la gratitud. Vive tranquilo con respecto a tu madre. Ni Eva ni yo la abandonaremos.

Los dos hombres, emocionados, se estrecharon la mano, y Crippen fue a reunirse con la anciana, que no consintió en abandonar la sala mientras su hijo permanecía en ella. En la puerta la asaltaron los periodistas. El fotógrafo del «Herald», al reconocer

al miembro del «Federal Bureau of Investigation», retrocedió.

—No se vaya, amigo. Lo de ahora es distinto. La situación se ha aclarado ya.

John Gorry les acompañó, despidiéndose. La madre de George fue a preparar la comida y el matrimonio quedó solo.

—¿Contento, Douglas?

—Mucho, Eva. ¿Y tú?

—También. Es hermoso ir sembrando la dicha.

—Sí, querida. Posees un alma grande. Quiera Dios que, en breve, Powell conozca una felicidad semejante a la nuestra...

Se besaron, poniendo en la caricia esperanza y ternura...



Para

NIÑAS, CHICOS, HOMBRES Y MUJERES

HA APARECIDO el

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS del F. B. I.

Historias emocionantes de

JACK, BILL BOY y JEQUE BLANCO

Narraciones divertidísimas, entretenimientos,
curiosidades, chistes a granel y una novela
corta del famoso escritor

ALF MANZ

¡EL MEJOR EXTRAORDINARIO DEL AÑO!

**¡APRESURENSE A ADQUIRIRLO
ANTES DE QUE SE AGOTE!**

¡32 páginas monumentales

sólo por CUATRO ptas.!

JOVENES:

Solamente por CUATRO PESETAS podréis
adquirir en los buenos quioscos

EXTRAORDINARIO *de* **AVENTURAS del F. B. I.**

+ + +

32 páginas monumentales de

¡EMOCION!

¡RISA!

¡ARTE!

¡CALIDAD!

+ + +

MUY PRONTO

seguirán publicándose otros

EXTRAORDINARIOS

**¡COLECCIONADLOS Y TENDREIS LA MEJOR
JOYA EN VUESTRA BIBLIOTECA!**

FRANK McFAIR

uno de los literatos de mayor valía en todos los países de habla hispana, y un excelente narrador de aventuras, nos ofrece su gran superproducción titulada:

Contrato siniestro

Entre dos personas se firma un contrato en el que se comprometen a...

De aquel contrato se derivan unos hechos de consecuencias funestas por las cuales el **Federal Bureau of Investigation** toma cartas en el asunto, usando de su peculiar maestría deductiva y de la audacia temeraria de sus agentes especiales, los mejores detectives del mundo.

Contrato siniestro

(RECUERDE ESTE TITULO Y ENCARGUELO
ANTICIPADAMENTE!)

TODAVIA PUEDE USTED COMPRAR EL

Extraordinario de AVENTURAS DEL F. B. I.

donde JACK, BILL BOY, SAM y JEQUE BLANCO acometen las mayores empresas aventureras, a más de presentarse personajes cómicos, curiosidades, entretenimientos y otros artículos amenisimos.

NOTAS

[1] Así llaman los residentes en Nueva York al «Elevated Railroads» (ferrocarril elevado o aéreo). < <

[2] Ferrocarril subterráneo. < <

[3] Iglesia protestante de la Trinidad. < <

[4] Oficia de Correos. < <

[5] Rigurosamente cierto. < <